

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BAMES. CISNEROS.

EPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 20. — Madrid 15 de Enero de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO.	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 "

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO.	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica, por D. Isern. — Ayer y hoy, por Lauro. — Mons. Mariano Rampolla, por X. — Revista científica, por el Dr. Marco de Colomer. — La isla de Santa Rosa, por Martínez Parra. — Muerte de Santa Teresa de Jesús, (poesía), por el P. Andrés Casado. — Los grabados. — La señorita de Neuville, (conclusión), por Matilde Bourdon. — Caridad, (continuación), por Fr. Conrado Muños Saenz. — Jeroglífico. — Anuncios.

GRABADOS. — Monseñor Mariano Rampolla, Arzobispo de Heráclia. — Parroquia de los santos Juanes de Valencia. — Una audiencia en el Vaticano. — Vista de la montaña de Monserrat, desde el Bruch.

REVISTA

La primera palabra que ha pronunciado el año nuevo ha sido la de crisis.

Al oírlo, muchos afortunados comensales de la mesa del presupuesto, se han estremecido de horror, y muchos hijos desheredados de la política se han frotado las manos con la esperanza de empuñar los tenedores.

El ruido ha sido más que las nueces, porque la crisis se ha resuelto dentro de casa, sin otra novedad que la promoción á las seis carteras vacantes de seis nuevos ministros.

Nosotros no nos metemos en terreno vedado, calculando si el nuevo gobierno durará poco ó mucho, aunque en lo de mucho los pronósticos serían raros; lo que desde luego afirmamos que la solución de la crisis viene á crear seis nuevas cesantías de á 30.000 reales cada una, con lo cual ganará el que gane, pero no el país, que se va convirtiendo en espléndido hospital de ministros inválidos.

Lo que no podemos menos de lamentar es que se haya dado la cartera de Gracia y Justicia, en que están comprendidos los asuntos eclesiásticos, al ministro que representa dentro del Gabinete las ideas más avanzadas y radicales. Con esto tendremos el matrimonio civil, y las demás reformas legislativas que tanto han de perturbar la constitución de la antigua sociedad española.

Si hemos de morir de la enfermedad que padecemos, lógico es que ésta se

agrave, y según los síntomas, no tardará en presentarse el estertor, con el rebramar furioso de las huestes revolucionarias.

Solo un milagro del cielo — en el que esperamos — puede salvarnos.

El pretexto ó la causa, como ustedes quieran, de la pasada crisis ha sido el proyecto del ministro de Hacienda, de enajenar todos los montes del Estado, para acudir con el producto de la venta al pago de los intereses de la Deuda. Opúsose el ministro de Fomento, y la medida exterminadora no se llevará á cabo por ahora, si bien queda sobre el tapete para mejor ocasión.

Las atenciones de los gobiernos van en aumento, los tributos han llegado á ser exorbitantes, ¿qué remedio queda sino echar mano de lo primero que se presente para salir de apuros, aun cuando tenga

que lamentar el país las consecuencias de tales operaciones?

Cierto que es hasta deshonesto que el Estado se coma los montes, ¿pero no se ha comido ya los bienes de los pobres administrados por la Iglesia? Se comerá todo cuanto hay que comer, y cada día estará más extenuado y más flaco, hasta que, saciado de sangre humana, venga á morir de indigestión, para ser pasto de los buitres de la demagogia, que ya se ciernen en el espacio.

Cuando estamos viendo las consecuencias de la falta de arbolado; cuando en el presupuesto se consignan algunos millones para la repoblación de los montes, ¿no es una medida de médico desesperado proponer la enajenación completa de los montes del Estado, para que la codicia de los particulares repita con ellos la fábula de la gallina de los huevos de oro?

Y si hoy se venden los montes, en cuya existencia se interesan la industria y la higiene de los pueblos, ¿quién dice que mañana no se vendan las joyas artísticas de los museos nacionales?

¿No se dijo hace tiempo que un célebre ministro de la revolución había pensado en hipotecar los cuadros del museo del Prado?

¡Orgullosos pueden estar los modernos arbitristas de los progresos de las ciencias económicas! A este paso el último progreso de la ciencia será la declaración oficial de la bancarrota; ó de otro modo, el asilo de San Bernardino será en ese día un Congreso permanente de capitalistas convocado y reunido por la saludable y fecunda acción de sabios economistas.

Pero suspendamos estas reflexiones, porque el Señor Camacho, autor del proyecto de enajenación de montes, se ha ido por las ramas, y por ahora parece conjurada la nueva tentativa de unir á España con los arenales y desiertos del Africa.

Pasemos de un escenario á otro, ó lo que es igual, de los dramas políticos á los dramas literarios.

La decadencia de la musa dramática ha llegado á un punto que no puede señalarse sin que se cubra el rostro con el carmín de la vergüenza.

Echemos una ojeada á los anuncios, nada más



MONSEÑOR MARIANO RAMPOLLA

ARZOBISPO DE HERÁCLEA

Nuevo Nuncio de Su Santidad en España.

Ayuntamiento de Madrid

que á los anuncios teatrales: Español: *Conflicto entre dos deberes*, drama de Echegaray; Apolo: *O locura ó santidad*, drama del mismo autor, y *Las sábanas del cura*, como sainete; Liceo Capellanes: *Les cocottes et les étudiants*; Circo de Price: *La Mascota*... No sigamos.

Como se ve, ocupan el lugar preferente en el orden literario los dramas de Echegaray; pero debemos añadir que en el favor del público obtiene la preferencia *La Mascota*, zarzuela de la más repugnante inmoralidad, según el parecer de críticos desaprensivos y tolerantes.

Si es el teatro escuela de costumbres, calculen ustedes qué discípulos se formarán teniendo por ejemplares los dramas de Echegaray y por pasatiempos las zarzuelas del Circo de caballos.

El teatro Español, que un día fué la envidia de las naciones cultas y el modelo de los autores más eminentes, ha muerto bajo las puñaladas de Echegaray, y yace envuelto en el lodo de las indecentes bufonadas de las operetas francesas.

El año nuevo se ha encontrado con estos funerales, y sin duda, para no hacer su juventud tan triste, adelanta el Carnaval como medio de embrollar las cosas, y yace envuelto en el griterío de las máscaras el llanto de las musas, que se deshacen de dolor sobre las rotas tablas de la escena española.

**

« En el mercado de los Mostenses fué sorprendida hace pocos días una partida de cincuenta kilogramos de carne de mula. »

Esta noticia, sin comentarios ni explicación, ha aparecido ayer en varios periódicos.

Es de creer que la autoridad habrá castigado el hecho, y que lo habrá castigado con rigor, pues la más pequeña debilidad en este punto es un delito contra la higiene y moralidad públicas. Si además del alto precio que han tomado los géneros de consumo, se nos da gato por liebre, ó lo que es igual, mula por vaca, ya puede decirse que estamos siendo víctimas de una explotación villana, como no se ha conocido igual ni en los tiempos de mayor barbarie.

Verdad es que estos son los frutos de la civilización moderna, informada de la codicia ciega y de la mentira insidiosa y desapoderada, la cual enseña á todo el mundo que quiera seguir sus lecciones el arte de enriquecerse á costa de la conciencia propia y de la salud y de los bienes ajenos.

El comercio en este punto ha hecho progresos asombrosos; el arte de falsificarlo todo le ha prestado recursos inagotables, y vendiendo como bueno lo malo, y subiendo los precios, como si lo bueno fingido fuese superior á lo bueno verdadero, le resulta un beneficio cuantioso, que es cien veces peor que la usura más codiciosa y repugnante.

Y si no fuera más que esto! Pero en las falsificaciones de los comestibles anda envuelta la grave cuestión de la salud pública, y el comercio que adultera los géneros alimenticios comete el doble delito de robo con asesinato.

Es preciso que las autoridades miren esta cuestión como una de las más graves, confiadas á su cuidado y vigilancia.

Grave es que nos engañen dándonos mula por vaca y gato por liebre; pero aun es más terrible que nos hagan comprar, á precios muy altos, la ponzoña que gaste nuestras fuerzas y tal vez el veneno activo que nos quite la vida.

**

Leemos en un periódico:

« Varios jóvenes de la BUENA sociedad madrileña han creado con el título de *El Mochuelo* una sociedad que dará en el teatro de la Alhambra tres grandes bailes de máscaras humorísticas, no vistos en esta corte, de los que se prometen un gran éxito. »

A juzgar por las señas, estos bailes no han de tener nada de bueno, aun cuando sean sus autores jóvenes de la buena sociedad; bailes, y bailes de máscaras, y bailes de máscaras humorísticas, y bailes de máscaras humorísticas que *obtendrán éxito*, son muchos datos y muy significativos para juzgar de la índole, moralidad y caracteres del espectáculo.

Si los jóvenes de la buena sociedad establecen sociedades de este género, ¿qué harán los de la mala que sea digno de su clase? Proponemos á todos los chulos y chalanes de Madrid que creen una sociedad de buen tono titulada *El guante blanco*.

Si por buena sociedad se entiende la sociedad de aristócratas, fuerza es convenir en que gran parte de sus individuos han olvidado la antigua divisa de sus escudos: « Nobleza obliga. »

La nobleza obliga á muchas cosas; á lo que no obliga es á cubrir los cuarteles heráldicos con las alas de un *mochuelo*.

Pero ya se ve, las palabras van perdiendo su antigua significación, y así como la *libertad* se ha trocado en *tiranía* para desmentir su nombre, no es extraño que la buena sociedad trate de dejar de serlo. ¿Pero qué mucho que así se extravíen los jóvenes, cuando andan más perdidos los viejos?

**

Según datos que publican los periódicos de agricultura, la filoxera ha hecho en el año pasado terribles estragos en las zonas más importantes de la producción vinícola de España. En cambio los trabajos de defensa han sido lentos, no bastando ni con mucho á contener la rapidez de la invasión, que es cada vez más intensa.

Deploremos, ya que no nos quede otro recurso, que la filoxera de los viñedos encuentre tan activa cooperación á sus estragos en la filoxera de la política, cien veces más funesta que aquella, según lo que fomenta los males de España, sin cuidarse de los remedios.

**

Hablando del estado sanitario de Madrid comienza así *La Higiene*:

« Ha pasado la época de las indigestiones con motivo de las Pascuas, y comienza la época de las pulmonías con motivo de los bailes. »

Bien dijo el ilustre Jorge Manrique:

Los placeres y dulzores
de esta vida trabajada
que tenemos,
¿qué son sino corredores,
y la muerte la celada
en que caemos?
No mirando á nuestro daño
corremos á rienda suelta
sin parar.
Desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

NULEMA.

CRÓNICA



ODOS lo saben: M. Gambetta ha muerto.

El hombre que hace algunos meses se atrevía á desafiar el poder de Dios, declarando que la Iglesia es el enemigo á quien la República francesa debe no solo vencer, sino humillar, ha muerto sin gloria, á manos de sus propias faltas, según los más autorizados informes.

Era polvo, y al verse adorado de sus amigos y aun adulado de no pocos que le temían, creyó que Francia había sido creada para su glorificación.

¡Triste destino el suyo! Educado cristianamente por sus honrados padres, á quienes quiso pagar este incalculable servicio paganizándolos, ha sido esclavo constante de sus pasiones, de su ambición principalmente, que le hizo renegar de su fe, y sustituir el Dios de sus ascendientes por el Dios vago y panteísta de las Logias.

¡Triste destino el de sus padres! Tenían fe, y veían á su hijo apartarse cada vez más de los rectos senderos de la verdad y de la honradez cristiana, sin poder impedirlo. El único que le sobrevive, ha tenido que resignarse, ó poco menos, á ver á su esposa enterrada civilmente, y á su hijo, después de una apoteosis de su cadáver completamente pagana, seguir la misma desgraciada suerte.

Sería inútil negar, que M. Gambetta tenía talento. A su lado los Grevy, los Freycinet, los Ferry, los Duclerc, los Say, eran astros de segunda magnitud, satélites á pesar suyo no pocas veces del único astro que brillaba con algún esplendor en el oscuro horizonte de la República.

Tenía la voz, los ademanes y la facilidad de palabra de los grandes oradores; pero carecía casi en absoluto de educación científica y literaria. No era escritor; pero conocía como pocos periodistas el arte de confeccionar sueltos venenosos contra los ministros que incurrieran en su alto desagrado.

Es imposible negar que conocía perfectamente los resortes á que obedecen las masas republicanas de Francia. Supo hacerse popular entre ellas. Mas como ignoraba por completo, no ya solo el arte de gobernar los pueblos, sino también el de gobernar á sus parciales, perdió en los dos meses que ocupó el poder, no pocos de los frutos de sus constantes campañas llevadas á cabo desde la oposición.

En realidad, ni aun supo sacar todo el partido posible ante sus partidarios de las medidas de persecución religiosa que inspiró, como por ejemplo, los decretos del 28 de Marzo de 1880 contra las Congregaciones religiosas, y que llevó á cabo, como por ejemplo, la secularización de no pocos establecimientos de enseñanza.

La República francesa, ó no significa nada ó es una máquina de guerra contra el catolicismo. Monsieur Gambetta era la más alta personificación de esta institución. Como era más profundamente político que los Clemenceau y los Rochefort, quería ir gradualmente á la secularización completa y absoluta del Estado.

No es inexacto decir, pues, que con la muerte de M. Gambetta ha perdido la República radical su hombre, como con la muerte de M. Thiers perdió el suyo la República doctrinaria.

**

Pero los republicanos doctrinarios de Francia alimentaban secretamente una esperanza.

Existía un militar valeroso y entendido, que había peleado por su patria en cien combates; que había mostrado tener no vulgares dotes de gobernante en el difícil puesto de gobernador general de Argel; que había servido á su patria en encumbrados cargos diplomáticos, y que si se había declarado republicano al aceptar la presidencia del Centro izquierdo, había dimitido la embajada de Francia en San Petersburgo cuando se inició la persecución religiosa.

Cierto que este general había manifestado en diversas ocasiones aficiones monárquicas y aun legitimistas; pero ¿podía ni debía dudarse de que estas aficiones no eran bastante poderosas para que á ellas se sacrificara el resultado práctico de alcanzar la Presidencia de la República? ¿Se resignaría á ocupar un puesto secundario, aunque preeminente bajo la monarquía, quien veía abiertos los caminos que le conducían á ocupar el primer puesto en el estado actual de cosas?

Los mismos horrores del radicalismo harían necesaria la elevación de este general distinguido á la Presidencia de la República en un plazo relativamente breve, al decir de los doctrinarios Republicanos.

Pero Dios, en sus secretos designios, ha querido desvanecer esta esperanza el día mismo en que se celebraba en París la apoteosis de M. Gambetta.

El general Chanzy, que es el militar á quien aludimos, ha muerto. Fué valeroso en la guerra; pero en la paz no tuvo el valor de sus convicciones monárquicas. Creyó servir á su patria sirviendo á la República, y no vió que con ello hacía traición á su conciencia.

¡Que Dios le haya perdonado!

**

Veamos por entre las nubes de incienso que de todas partes de Francia se elevan en honor de monsieur Gambetta, qué sucede más allá del Rhin, en las márgenes de aquel otro río también alemán, que es quizás el único que conoce los secretos designios del hombre que desde 1870 dirige la marcha de la política exterior de las grandes naciones europeas.

¿Por qué está tan agitado quien recibió impasible la noticia de las grandes victorias que colocaron á Prusia no sólo al frente de Alemania, sino también al frente de las potencias militares del mundo?

Por primera vez en su larga vida de Canciller los hechos se escapan á sus previsiones. Ideó la alianza austro-alemana para detener en su carrera á las águilas moscovitas, y se encuentra ahora con que los Gabinetes de Viena y de San Petersburgo se hablan y acaban por comprender que sería, además de absurdo, ridículo guerrear por una herencia que es bastante considerable para dejar satisfechas sus ambiciones de anexión de nuevos dominios.

La repartición de los restos de Turquía ha sido convenida en principio entre aquellos dos imperios. Francia nada puede alegar contra ella, porque por adelantado se llevó su parte al apoderarse, hipócritamente por cierto, de Túnez. Inglaterra está sólidamente establecida en las orillas del Nilo, y no piensa en abandonar Egipto, digan lo que quieran ciertos periódicos.

Hasta Italia podrá sacar su parte en el reparto, apoderándose con cualquier pretexto de las varias posesiones turcas de Trípoli.

¡Todos recogerán alguna parte de la herencia! ¡Todos... menos Alemania!

¿Puede permitir el príncipe de Bismarck que suceda así? Tal vez no fuera un sueño, como algunos pretendieron, la idea que se atribuyó por algunos al Canciller alemán, de formar un solo cuerpo de las diversas partes de Polonia, de formar de esta infortunada nación un reino alemán. No cabe duda de que sería ésta una magnífica compensación.

Pero el águila moscovita jamás consentirá en soltar la parte de Polonia que despedaza entre sus garras, y además, sabido es que los polacos alimentan actualmente mayores resentimientos contra Prusia que contra Rusia.

Nos encontramos, pues, delante de un problema, y aun quizás de dos.

No permita el cielo que el príncipe de Bismarck se empeñe en resolverlos á cañonazos, como lo hizo cuando la última guerra con Austria y cuando envió sus ejércitos á vencer á los soldados de Francia.

La plaga de la guerra, en la situación actual de Europa visitada ya por tantas plagas, sería un castigo demasiado horrible quizás, para que pueda permitirlo la Divina misericordia.

No se crea, sin embargo, que son éstos los únicos peligros que actualmente existen para la paz de Europa.

La tirantez de relaciones entre los gabinetes del Quirinal y de Viena es cada día mayor, producto, en gran parte, de la conducta que el primero sigue en asuntos gravísimos que interesan seriamente al segundo.

A las manifestaciones contra Austria que tuvieron lugar en todas las grandes poblaciones de Italia, cuando la ejecución del regicida Oberdank, hay que añadir los atentados de que ha sido víctima la embajada de Austria cerca de la Santa Sede, situada en la plaza de Venecia, una de las más concurridas de Roma.

Primeramente fué apedreado el conde de Paar, embajador de Austria, al salir del Vaticano, y después se dispararon algunos tiros de revólver contra el escudo de armas de la Embajada.

Pero todavía ha ocurrido un hecho más grave.

El gobierno del Quirinal se ha negado á entregar á los tribunales austriacos dos sectarios complicados gravemente en el atentado de Trieste contra el emperador Francisco José.

Todavía se ignora qué actitud adoptará el gabinete de Viena ante estos hechos.

Conviene todos, sin embargo, en que son éstos demasiado graves para que no den lugar á muy graves complicaciones diplomáticas, por lo menos.

Cuando la atmósfera está muy cargada de electricidad, fácilmente salta una chispa, y ¡cuán fácilmente una chispa produce un grande incendio!

Y no es posible negar que la atmósfera está sumamente cargada de electricidad.

Todos los hechos que ocurren en la política exterior de las grandes potencias se unen para probarlo.

Huyendo de esta atmósfera que obliga á presentir más tristes días, busquemos consuelo en más tranquilos horizontes; penetremos por un momento en los pueblos escandinavos, en los que la lucha de las ideas y de las pasiones es menos viva que en el centro y en el Sur de Europa.

A la vista tenemos dos hermosas cartas de un misionero francés, fechada la una en la capital de Dinamarca, y la otra en Stokolmo.

En aquellas regiones ocurre un fenómeno singular: los pueblos arrastrados al descreimiento por la propaganda protestante de la iglesia oficial, subvencionada por el Estado, reniegan de la Monarquía y aspiran á sustituirla por una gran confederación republicana, en la que entrarían, como es natural, Suecia, Noruega y Dinamarca.

En cambio, los pueblos que á pesar del protestantismo oficial han conservado vivos sus sentimientos religiosos, vuelven con apresurado paso al seno de la Iglesia, y son los más fieles y leales partidarios de las instituciones políticas existentes.

El número de conversiones es tal en aquellas heladas regiones, principalmente después de la predicción en las principales ciudades de Suecia y de Dinamarca del insigne Mons. Mermillot y del elocuentísimo Padre Félix, que los altos dignatarios de la iglesia oficial se han alarmado y han acudido al gobierno en demanda de nuevas disposiciones legales que pongan obstáculos á las conversiones de los protestantes al catolicismo.

Pero es tarde.

Los hombres políticos que componen las Asambleas legislativas son en su mayoría indiferentes en materias religiosas, y no pocos de ellos adversarios decididos de que el Estado subvencione ningún culto. ¿Qué les importa, además, conservar una secta que sólo sirve para formar adversarios de las instituciones existentes?

Por su parte los Gobiernos no se atreven á emprender una nueva persecución, poco seguros como están por un lado del apoyo de las Cámaras en este y en otros puntos, y por el otro de los resultados que esta persecución produciría.

De aquí que, según las cartas indicadas, sea altamente satisfactoria la situación del Catolicismo en aquellos Estados, y que pueda abrigarse fundadamente la confianza de que lejos de empeorar mejorará de día en día.

Sólo durante los tres últimos meses del año pa-

sado se emprendió en Suecia la construcción de siete nuevas iglesias, de once capillas, y tuvieron lugar más de doscientas conversiones.

Todavía son más satisfactorios los resultados referentes á los progresos del catolicismo en Dinamarca, singularmente en las inmediaciones de Copenhague.

Descansa la Santidad de León XIII en la satisfacción que le causan estas noticias, de las amarguras con que le afligen en el centro y en el Sur de Europa, en su residencia misma, los adversarios decididos del nombre cristiano.

Si Dios le envía grandes amarguras, preciso es reconocerlo, le visita también con grandes consuelos.

No ha sido sin duda el menor de ellos en estos días haber recibido ya por conducto del Sr. Bontenief, representante de Rusia cerca de la Santa Sede, las felicitaciones del Czar, no sólo por el convenio ultimado ya entre el Vaticano y el Gabinete de San Petersburgo, sino también con motivo de la entrada del año nuevo.

También ha visitado á Su Santidad, felicitándole con este último motivo, el Sr. Errington, diputado católico en la Cámara de los Comunes, y agente oficioso del Gabinete de Londres cerca de la Santa Sede.

A pesar de lo que han asegurado algunos diarios liberales de Londres, la prensa católica de Roma insiste en que se trata de dar forma regular y oficial á las relaciones que actualmente sostienen la Santa Sede y el Gobierno de Londres.

Por supuesto, de que esto suceda sacará indudablemente no pocas ventajas la Iglesia; pero sin duda ninguna mayores, mucho mayores las alcanzará el Estado.

Estamos seguros de que como nosotros lo comprende así el Sr. Gladstone, y por esto sin duda obra como obra, que no hay que suponer inspirada su conducta por puro amor á la Iglesia y al Pontificado, ni mucho menos.

D. ISERN.

AYER Y HOY



ELICES aquellos tiempos de oscurantismo que nos pintan nuestros padres con tan hermosos y brillantes colores!

Aquellos tiempos en que el más puro y ferviente catolicismo ardía en los pechos españoles y los impulsaba á acometer heroicas hazañas; aquellos tiempos en los cuales la familia era un retrato del cielo, porque aún se hallaban en ella los encantos del hogar doméstico y los puros afectos que engendra la unión, semejante á la del Cordero y su Iglesia inmaculada; aquellos tiempos de ideas sanas, de costumbres puras, sencillas y patriarcales; aquellos tiempos en que el pueblo español creía y oraba...

Hoy, y en España, hay quien ni ora ni cree... Aquellos tiempos, sin embargo, han sido cubiertos por los enemigos de la Religión y de la verdadera prosperidad y engrandecimiento de nuestra patria, con tan oscuro y espeso velo, que muchos no aciertan el por qué de la tristeza que sienten los amantes de las antiguas tradiciones al echar una mirada por la España de nuestros días. No saben que los ídolos de la civilización grosera y material, bajo el vestido hermoso y rozagante, ocultan el áspid venenoso, y en el fondo del dorado caliz el virus de muerte que el protestantismo y sus contrahechos engendros han inoculado en la moderna sociedad, procurando embriagarla con el caliz de Babilonia y arrancar de esta suerte todo sentimiento católico del corazón de los pueblos.

Esta obra ha sido consumada en España por los afrancesados modernos. Y en verdad que ejercen su vil oficio á maravilla. Ecos inconscientes de las ideas anticatólicas, y por ende antiespañolas del pueblo de Víctor Hugo, han dado en endosarnos tales y tan negras descripciones de aquellas ominosas edades, que pasaron para no volver más, y tales alabanzas de esta época de las luces, en que por obra y gracia de no sé qué amaños y encantamientos, hemos tenido la dicha de conocer á la señora ilustración moderna, muy bella y oronda, con sus adelantos materiales, pero un tanto ligera y casquivana, que, á decir verdad, han pervertido completamente el juicio de la actual generación; de suerte que apenas se puede hablar de esta materia sin que los admiradores de este siglo os cuelguen todo un rosario de razones, ó cosa así, barnizadas, por supuesto, con palabras floridas ó retumbantes, propias para atraer á superficiales entendimientos. ¡Y vaya si son listos esos apóstoles de la civilización! Y si no, mostraos

un poco reacios en admitir sus opiniones, y sin hacerse de rogar, y con semblante entre beato y compungido os dirán, que la Inquisición... y aquí se santiguarán como si viesen al diablo, que los potros, y las mazmorras, y el sambenito, las hogueras, etc., etc., argumentos tan convincentes que, á no dudarlo, renegaréis de aquellos antepasados nuestros que entretenían inocentemente sus ratos de ocio en asar vivos á sus prójimos como si fuesen comadreja.

Aunque esta peste es ya endémica en todas las clases de la sociedad, sin embargo, si vais á una de estas tertulias en donde se reúnen las gentes que han dado en llamarse *la buena sociedad*, por Dios no mentéis allí el nombre de la Edad media, la época de nuestro clasicismo, los siglos dichosos que vieron á gigantescas catedrales levantarse majestuosas y elevar sus aéreas cúpulas hasta ocultarse entre las nubes; ni otras cosas por el estilo, glorias todas, es cierto, de la antigua España, pero que pasadas ya de puro añejas, han sido olvidadas de nuestros ilustrados contemporáneos, y arrinconadas por las gentes del buen tono cual preciosos muebles de raído pelaje que, cuando más, sirven de museo de antigüedades de nuestros rancios antepasados.

Y si queréis salir por nuestras antiguas glorias, cuidado con olvidaros de la coraza y del yelmo de Mambrino, porque arremeterán contra vosotros, y... sablazos por aquí, estocadas por allá, dentelladas por acullá, reveses por la derecha, arañazos por la izquierda, mosquetazos, en fin, por activa y por pasiva: vendráseos encima un impetuoso aluvión de imágenes de fea y repugnante catadura, de epítetos altisonantes tomados de los lugares comunes de la Enciclopedia; todos se convertirán como por encanto en *sacerdotes* de la ilustración del siglo de las luces, y os asediarán con un verdadero fuego graneado que combatirá vuestras rancias ideas y el carcomido edificio de la patria historia.

¡Aquellos tiempos!... con burlona sonrisa los recordarán... ¡Nuestros padres!... ¡Infelices! dirán: muy piadosos; pero eran tan poco avisados, tan encastillados en la antigua rutina, no sabían donde tenían la mano derecha.

Ello será así; y feillo y negruzco es, en verdad, el retrato que nos hacen de los siglos del oscurantismo y la barbarie, y por el contrario, risueño y elegante el de la época en que vivimos, mas con todo, nosotros los apegados á las antiguallas nacionales y educados á la antigua española, no acabamos de romper con nuestras aficiones; y, antes bien ¡cosa singular! cada día amanecemos más encaprichados con nuestras ideas, cada día más amigos de la *España que se va*, y desdeñosos con la España que se queda.

¡Que diantre! Es un poco durillo eso de olvidar las ideas de su juventud, y más si son españolas de pura raza. Así que agradeceremos los buenos oficios de los que nos apellidan enemigos de la luz, y nos permitirán que permanezcamos en la noche de nuestra ignorancia. ¡Es tan grato ser en esta parte enemigo del progreso!

Los que vemos la España de hoy, pobre y postergada tras la carroza de otras naciones, sin vida en las creencias religiosas, ni en las especulaciones de la industria y el comercio, monopolizado por manos extranjeras; próxima á desvanecerse la última sombra de agricultura, y todo, en fin, en completo desorden; ¿cómo no recorrer con afán las gloriosas páginas de nuestra historia para vivir allí, de alguna manera, con aquellos héroes de santidad que dieron á nuestra patria el renombre de católica; con aquellos sublimes genios del saber que han sido y serán siempre objeto de admiración y gloria para el mundo? ¿Cómo no amar á la España de ayer, que al rugir de su león hacía temblar á las naciones, llevaba por la tierra sus ejércitos cubiertos siempre de gloria y cuya bandera ondeaba victoriosa en todos los mares y en los dilatados continentes?

En verdad que podemos repetir con más razón cada día: ¡Felices y gloriosos aquellos tiempos que nos pintan nuestros padres con tan risueños colores!

La Religión era entonces el lazo común que unía á los españoles; ella producía la paz y armonía envidiables que reinaban en el hogar doméstico; ella unía en admirable concordia á los vasallos con los señores y á los súbditos con los Reyes; la Religión encendió la llama del genio en la frente de Colón, y Cortés y Magallanes, para mostrar que no cabía en un mundo la fe de los ínclitos hijos de Iberia; la Religión animó á nuestros padres durante siete siglos en la incesante lucha de la reconquista, que es la epopeya más gloriosa de nuestra patria, y la Religión fué la que inspiró á Isabel y Fernando, á Carlos V y Felipe II, representantes del esplendor y grandeza de la señora de ambos mundos.

Entonces la Religión era como el imán de todos los corazones en que hervía sangre española, y por eso á ella acudían sabios é ignorantes, guerreros y

literatos; por eso bebiendo de los purísimos raudales de la belleza eterna que hallaron en el genio cristiano, inmortalizaron sus nombres y el de su patria en colosales monumentos arquitectónicos, en las divinas Concepciones de Murillo y en los sublimesacentos de Herrera y Fr. Luis de León.

Hé aquí por qué el pueblo español ha unido siempre los nombres de Religión y Patria, y conociendo que aquella era la vida de ésta, parece que solamente podía respirar en la esfera del Cristianismo: y hé aquí también el origen de esa pompa y esplendor del Culto Católico, y de esas fiestas nacionales que celebra entre inocentes alegrías y regocijos, por cierto con mejor espíritu que nosotros.

Preguntadlo, si no á vuestros abuelos; preguntadles cómo celebraban los días de Natividad, Año Nuevo y Reyes, y encantados quedaréis al oírlos. Detrás de aquellas palabras, tal vez toscas, sencillas y candorosas como su alma, descubriréis pura y hermosa, con la celestial hermosura de la inocencia, la imagen de las costumbres de nuestros antepasados. Al escuchar aquellas descripciones, os creéis sin duda trasladados á los primitivos tiempos del mundo, cuando el anciano Patriarca, circundado su frente de la aureola de santidad, y rodeados de sus numerosos descendientes, refería las tradiciones de sus padres y les enseñaba á invocar el Santo Nombre de Dios: escenas bellísimas que no acertaron á describir los vates más privilegiados.

Sabido es el ritual, digámoslo así, de estas fiestas que, comenzando en la Noche-Buena tenían su doble octava el día de la Epifanía.

Ya con muchos días de anticipación se escuchaban sendos repiques de zambombas preparadas al efecto desde la temporada histórica de San Martín, é ibase haciendo acopio de castañas, nueces, bellotas y demás antífonas de Noche-Buena. Pasábase ésta y el Año Nuevo en paz y gracia de Dios, y llegaba por fin la víspera de los Reyes.

Como el pueblo español miraba á los suyos cual padres y protectores, y éstos eran verdaderamente cristianos, ó por lo menos en las cosas de gobierno estimaban más con Felipe II el catolicismo de sus vasallos, que el fausto de la Corona, podían todos entregarse confiadamente á inocentes diversiones sin temor de motines y aonadas revolucionarias, que eran fruta entonces desconocida en los mercados españoles. Y como por otra parte, aún no se habían inventado las artimañas políticas de la ilustración para vaciar bonitamente los bolsillos de los pobres, con los cuales puedan sostener su escandaloso boato de coches, viajes y demás artículos de moda francesa, los que tienen por oficio no tener ninguno, inútil parecerá afirmar que cada cual podía contar con algunos maravedises en la faltriquera: caudal entonces más que suficiente, aunque nos parezca increíble, en estos tiempos de felicidad y bienandanza, en los cuales todo cuesta un ojo de la cara y algo más todavía.

Llegábase, pues, la noche, y escogíase para teatro de las hazañas la pieza más tradicional de la casa, que es la cocina.

Sentábase los abuelos, y al momento les rodeaba la enjambre de bulliciosos y saltantes nietecillos, que llenaban de besos á los buenos ancianos, algunos de los cuales, de seguro más de una vez derramaría lágrimas de gozo. En tanto iban llegando los hijos y parientes más próximos y aun los vecinos más cercanos: que en aquella feliz compañía cabían todos, y más si eran éstos pobres... ¡Oh! entonces sí que se veía el poder del Niño Dios que vino á unir la gran familia humana, y prometió á los amigos de los pequeños y desvalidos el reino de los cielos.

Allí verían ustedes á los ancianos recordar cuentos é historietas de sus buenos tiempos: de aquellos tiempos en que, según ellos, todo era bueno y nada malo había en el mundo.

A aquel preludio histórico seguía un repique general de zambombas, castañuelas y panderetas y aun almireces, indicando que la mesa estaba lista. Corriendo y saltando los muchachos, ó sentándose en el suelo ó en pequeños bancos de grasienta madera y modestamente alegres, los mayores de edad, colocado cada cual en el taburete ó sillón que más cerca tenía, daba la bendición el más anciano y comenzaba una cena frugal, cuyos platos no hay para qué citar, pues aún no ha podido la cocina francesa quitar al pueblo español sus antiguas costumbres.

Que el vinillo andaba listo, hay que confesarlo, aunque nunca con grave exceso. Y qué bien entraba en semejante noche. Si preguntáis á qué sabe, os contestarán con esta hermosa frase... á gloria.

¿Cuántas veces alguno de mis lectores lloraría cuando niño y pediría otra copa? Yo he visto en tales ocasiones á los muchachos en tan graciosa postura, que no había más que pedir. ¡Cómo pasaban la lengua por los labios! ¡Qué lágrimas asomaban á sus ojos, y éstos, que listos... ardían en un candil!

Si fuéramos á pintar estos cuadros con todos sus colores, no acabaríamos nunca. Los que de ellos hemos disfrutado y hemos tenido la dicha de nacer y vivir en medio de una familia cristiana, y á la antigua española, conservamos estos gratos recuerdos en el fondo del corazón.

¿Y qué diremos de la ceremonia de esperar á los Reyes?

Todavía me acuerdo de aquellas noches, en que procuraba dominar el sueño, y al ruido descompasado de almireces, panderetas y platillos, y á los gritos de la gente bullanguera que con faroles ó teas y escaleras, iban en busca de los Reyes, salía yo al balcón esperando verlos, así... con aquellos zancos enormes y manos de gigante, como me los habían descrito los viejos.

Apenas me certificaba de que los Reyes habían ya pasado, echaba mano á las botas que de antemano había dejado mi padre en el balcón, y ¡qué sorpresa! castañas, dulces, cuartos...

Persuadido inocentemente que tales regalos eran de los Reyes, me volvía á la cama, no sin contar antes los cuartos y probar un poco de todo, y comenzaba á rezar el Señor mío Jesucristo, ó creyendo todavía ver á los Reyes, á cantar los villancicos de Navidad... al segundo verso me arrullaba el sueño de la inocencia y dormía tranquilo en brazos de los ángeles.

LAURO.

MONSEÑOR MARIANO RAMPOLLA

ARZOBISPO DE HERÁCLEA

(Nuevo Nuncio de Su Santidad en Madrid).



El nuevo Nuncio Apostólico en Madrid, nació en Pozzi (Sicilia) en 1843 de la noble y virtuosa familia de los condes del Tindari. Siguió sus estudios primero en el seminario Vaticano, después en el colegio Capranica, y por último en la Academia de Eclesiásticos Nobles, distinguiéndose mucho por su amor al estudio, su singular piedad y su notable inteligencia. Fué uno de los alumnos más aprovechados y distinguidos en todos los ramos de las Ciencias eclesiásticas. Ya en 1870, cuando tenía veintisiete años de edad, escribió una obra intitulada: *De authentico Romani Pontificis Magisterio solemne testimonium ex monumentis liturgicis Ecclesiae Universalis*. Obra escrita en buen latín, que revela profunda erudición, sana y excelente crítica, y estudios histórico-teológicos no comunes. Está dividida en tres capítulos subdivididos en varios artículos. El primer capítulo trata de la universalidad y antigüedad de la fiesta en honor del magisterio auténtico de San Pedro Apostol; el segundo del sentido litúrgico de la Iglesia en cultivar el Primado de magisterio del príncipe de los Apóstoles; el tercero es una excelente conclusión. En toda la obra aparece claramente probado el magisterio del gran romano Pontífice por los monumentos litúrgicos de la Iglesia universal.

Nombrado Mons. Rampolla canónigo de la insigne Basílica Liberiana ó de Santa María Mayor, se distinguió por su celo en el desempeño de este cargo, y supo captarse el amor y el respeto de todos sus compañeros.

En 1875 acompañó á Madrid al Emmo. Cardenal Simeoni, Nuncio Apostólico en la corte de España, con el título de Consejero de la Nunciatura, y cuando el Cardenal Simeoni fué nombrado Secretario de Estado de Su Santidad Pío IX, á la muerte del Emmo. Antonelli, Mons. Rampolla quedó al frente de la Nunciatura que desempeñó algún tiempo con el ardiente celo, la gran prudencia y el talento que le caracterizan.

«Sería un excelente Nuncio,» decían todos los que le conocían.

A su regreso á Roma, fué nombrado Secretario de Asuntos orientales en la Congregación de Propaganda Fide y Protonotario Apostólico Participante, y también en el desempeño de su cargo en la Propaganda se distinguió mucho.

Leon XIII, que le honra y aprecia porque conoce sus excelentes dotes, le elevó en 1880 al puesto de Secretario de la Congregación de Asuntos eclesiásticos extraordinarios.

También fué nombrado consultor del Santo Oficio en 1880, y canónigo de San Pedro en 1881.

Y en el difícil puesto de Secretario de la mencionada Congregación de Asuntos eclesiásticos, demostró tal aplomo, tal sagacidad y tal conocimiento de los negocios, que con razón Su Santidad le confió el elevado cargo de Nuncio Apostólico en Madrid, y le nombró Arzobispo titular de Heraclea.

Mons. Rampolla recibió la consagración episcopal de manos del Cardenal Howard, Arcipreste de la Basílica Vaticana en la capilla del coro de San Pedro el día 8 del pasado mes de Diciembre.

El nuevo Nuncio, todavía muy joven, era uno de

los Prelados más distinguidos de la corte romana, y será sin duda un gran Nuncio.

Ama mucho nuestro país, conoce y habla bien nuestra lengua, y posee, en fin, todas las dotes necesarias para desempeñar con brillantez su elevadísimo cargo.

Quiso ser consagrado en el día de la Inmaculada Concepción, y en una capilla consagrada á Nuestra Señora; nobilísimo y piadoso pensamiento, que por todo extremo le honra y enaltece.

¡Dígnese la Virgen Santísima, bajo cuya protección se ha colocado, auxiliarle é iluminarle!

X.

AL ARCO ROMANO DE MEDINACELI

En la cortada cumbre de una sierra,
Hay vieja villa de granito y barro,
Y en su esquinada plaza el frente cierra
De un arco antiguo el esplendor bizarro.

Raspado por el agua y por el viento
Ya han perdido la curva sus portales;
Sus dibujos el ancho entablamento;
De frisos y cornisas ni aun señales.

Rotos fustes, informes capiteles,
Y en los muros de honor fingirse creo
De alerados morriones y broqueles
Y extrañas armas militar trofeo.

Con su aspecto, su historia se ha perdido,
Y hoy cuelgan de sus rombos artesones
La golondrina su embarrado nido,
Y la yedra sus verdes pabellones.

¡Y pensar que tal vez aquí á millares
Se apiñaron los hombres en contorno
A escuadrar su entusiasmo tus sillares,
Y su genio á esculpir tu rico adorno!

¡Y te dieron firmísima figura
Porque eterna pregonen su memoria:
Y escuchaste al vencido su amargura
Y al vencedor su grito de victoria!

Mas del tiempo al azote no te salva
Tu ilustre origen, ni por tí haber visto
Cruzar á los Arévacos de Galba,
Ni á los gloriosos mártires de Cristo.

Las ilustres banderas no vencidas
Tal vez tus murallones tremolaron;
Quizá por tus portadas carcomidas
¡Ay! mis antiguos padres traspasaron.

Y ni una cifra, ni un emblema tienes
Que me expliquen si viste en mis hermanos
El triunfador laurel sobre las sienes,
O la servil cadena entre las manos.

Si en nada acaba lo que en tanto empieza,
Y hoy mudo estás, y solitario y triste,
Juzga la pequeñez de tu grandeza;
Por lo poco que eres, lo que fuiste.

EL MARQUÉS DE CERRALBO.

EL CRÉDITO



ENE la riqueza su perfume como las flores, su espuma como el agua, su atmósfera como la tierra, su espacio como el universo, su poesía como el corazón, su espiritualismo como las ideas.

El crédito es al dinero lo que el resplandor á la luz, lo que la sombra al cuerpo, lo que el eco á los sonidos.

Se puede decir que la riqueza es una especie de aritmética, en que los guarismos inflexibles no suman nunca más que la cantidad exacta, esto es, la cantidad que hay; al mismo tiempo que el crédito es una especie de álgebra que nos representa por medio de letras fantásticas las cantidades que se sueñan.

Aunque parezca raro, es indudable que la riqueza tiene su metafísica, su parte abstracta, su fantasía.

El dinero es la realidad, y el crédito la ilusión. Crédito, digan lo que quieran los economistas, no es más que la pompa del capital, el brillo del oro, el ruido del dinero.

Por medio de ingeniosas combinaciones de cristales, se ha conseguido dar á los objetos más imperceptibles dimensiones fabulosas.

1 Insertamos como de actualidad, el siguiente precioso raticulo del inolvidable Selgas.

Así es que al través del microscopio, una gota de agua nos parece el mar, un grano de arena una montaña.

Mucho antes que la ciencia descubriera este medio sencillo de engrandecer todo lo pequeño, la razón, las pasiones y los deseos habían hecho mares de gotas de agua, y mundos de granos de arena.

La razón tomó por su cuenta á ese grano de arena que se llama hombre, y nos lo hace ver por un esfuerzo de óptica bajo las formas gigantescas de un Dios.

El amor no quiso ser menos que la razón, y apoderándose de nuestros ojos, cogió esa gota de agua que se llama mujer, y la hizo aparecer sobre la tierra tan grande como un océano de felicidad.

Los deseos, ese vidrio de aumento al través del cual miramos todo lo que apetece, nos presenta continuamente mundos ignorados y cielos desconocidos, que á la simple vista no son más que granos de arena y gotas de agua, que el viento de una noche se lleva ó el sol de una mañana disipa.

El nombre, esa contraseña con que viajamos por la vida, tampoco quiso contentarse con los límites propios de su naturaleza, é inventó el eco prodigioso de la fama y el cristal fantástico de la gloria.

Por medio del ingenioso mecanismo de la posteridad, adquirió el privilegio exclusivo de irse engrandeciendo en la misma proporción que se va alejando.

Este sistema inexplicable, que consiste en aumentar una cantidad sin añadirle nada, se interpuso misteriosamente entre las íntimas relaciones de los números, y se encuentra medio escondido en las primeras nociones de la aritmética.

Cero: he aquí la demostración matemática de ese sistema.

Aplicábase el cero á la derecha de cualquier guarismo, y la suma crece indefectiblemente, sin que pueda decirse que le ha añadido una nueva cantidad.

La riqueza, cuya propensión natural es á aumentarse, debió pensar seriamente sobre todo esto, y debió buscar para sí la aplicación eficaz de un sistema tan maravilloso.

A fuerza de discurrir, tropezó con un rayo de luz.

Brilló á sus ojos el oro como un pensamiento luminoso, ó mejor dicho, como la forma de su pensamiento.

El problema le debió parecer resuelto á primera vista. La cuestión era llenar un espacio vacío, y adquirir al mismo tiempo la facilidad de moverse en todas direcciones.

El oro, por una condescendencia sin ejemplo, se prestó á la prueba, sin duda por la codicia de aumentar su valor.

Entregóse á las terminantes exigencias del cuño, y la moneda apareció como una expresión feliz, como la fórmula ignorada de una idea que todavía no había tenido su perfecta representación.

La riqueza adquirió, por decirlo así, su palabra, su frase corriente, su traducción natural, y el dinero se hizo el intérprete de todo valor, abarcando hasta el valor inmenso que un hombre necesita para venderse.

Así empezó el dinero su brillante carrera.

Su misión era llenar el vacío; y se hizo de oro para deslumbrar, se hizo sonoro para meter ruido, y redondeándose poco á poco, consiguió la figura más á propósito para circular rápidamente por la superficie de la tierra.

Pero todo esto no era en realidad más que un paso; la ilusión fué desvaneciéndose, y resultó al fin.

Primero, que el resplandor era mayor que la luz.

Segundo, que era más el ruido que las nueces.

Tercero, que la rapidez no consigue jamás que un cuerpo pueda estar á un mismo tiempo en todas partes.

Suma total: que el dinero no llenaba el vacío del bolsillo público ni el de los bolsillos particulares.

En vano corría de un punto á otro saltando de una á otra mano, escapándose sucesivamente de todas partes, para no hacer falta en ninguna.

El bolsillo es intransigente como el estómago, y cuando se siente vacío, no hay manera de convenirle.

Había necesidad de descubrir un medio más seguro, un procedimiento más completo, porque el dinero no era bastante, y la riqueza no crecía con la rapidez necesaria.

Era preciso crear el microscopio, el espejo de aumento, el cero maravilloso.

Un día, la riqueza, fatigada de verse tan pobre de recursos, debió quedarse dormida.

Si los sueños son algunas veces las representaciones engañosas de nuestros más vivos deseos, la riqueza debió soñar que se multiplicaba como las arenas del mar y como las estrellas del cielo.

Si lo soñó, debió creerlo: porque una de las cosas más admirables del sueño es que, después de habernos engañado mil veces, no hay una vez siquiera que, soñando, no nos parezca verdad todo lo que soñamos.

La mentira no ha encontrado otra manera de vivir, y así es que muere en el momento que deja de parecer verdad.

Despertar es simplemente salir de un error.

Pero la riqueza se encontraba en el caso de aprovechar hasta el último recurso, y la verdad es que durante el sueño había creído en su prodigiosa multiplicación.

No se daba cuenta de cómo había podido dejarse engañar.

Sin saberlo, estaba al borde del descubrimiento.

El fenómeno que no comprendía, no era ni más ni menos que lo que buscaba.

¡ Creer en una riqueza imaginaria! Esto no cabía dentro de la cabeza positiva del dinero.

No obstante, el dinero es calculador, y al fin penetró en el secreto.

En él estaba el microscopio, el espejo de aumento, el cero inagotable; allí estaba el crédito.

A esta palabra mágica, el bolsillo se dilata como un pecho que respira, y se transforma en Bolsa.

Necesitaba un nombre proporcionado á su nueva magnitud.

Existía el germen de una raza oscurecida, ignorada, que aún no había encontrado la aplicación de sus facultades; un nuevo ser que necesitaba otra atmósfera para vivir, y detrás del crédito brotó el banquero, como brotaron nuevas generaciones de plantas después de las aguas del diluvio.

Le llegó su vez, y apareció; antes no había tenido nada que hacer sobre la tierra.

Hasta entonces no se habían conocido más que en el mar los bancos de arena, en los jardines los bancos de piedra, los banquetes en ciertas solemnidades, y el banquillo de los acusados en todos los tribunales.

De repente apareció el Banco.

Banco es la facultad de disponer de mil no teniendo más que quinientos.

Es doblar un capital con la misma prontitud y con la misma facilidad que se dobla una esquina.

Es omitir dinero y emitir papel.

Es el modo sencillo y breve de pedir dinero prestado á todo el mundo por medio de billetes.

No es solamente el modo sencillo de pedirlo, sino también el modo de obtenerlo sin rédito ninguno.

Crédito que, según los economistas, quiere decir confianza, es una palabra que se aplica indistintamente al bolsillo de cualquiera.

Más que confianza debía llamarse franqueza.

Es una promesa que va de un punto á otro con incansable movilidad, y que nunca se cumple por completo.

Crédito es el déficit que no se liquida jamás definitivamente.

Colóquese un duro en el centro de un círculo de espejos, y la multiplicación saltará á la vista. Tratándose de espejos, esta es una verdadera especulación.

El que tiene un duro, tiene muchísimo más de veinte reales. Tiene tantos duros como personas saben que lo tiene.

Por otra parte, el crédito no es la medida de lo que hay, sino la suma total de lo que debía haber. Por eso es tan grande.

En todo grano de trigo hay una espiga. No falta más que sembrarla, cuidarla por espacio de muchos meses, y que al fin la espiga cuaje y se sazone.

Esto, como se ve, es minucioso, largo é inseguro. El crédito es la rápida abreviatura de todo esto.

No necesita sembrar el grano de trigo ni cuidarlo para traducir en pan la espiga que no ha nacido todavía.

El crédito ha venido en cierto modo á sustituir á la caridad. Antes el que no tenía un cuarto, vivía de limosna; ahora el que no tiene dinero, vive de crédito.

No debe extrañarse, por lo tanto, que el crédito haga tanto papel.

Lo natural, lo lógico, es que el hombre se coma lo que se le pone delante, y delante tiene siempre todo lo que está por venir.

El crédito ha suprimido el tiempo y ha borrado el espacio.

Lo que puede ser alguna vez es ya, ha dicho y es. La fuerza de todo sofisma consiste en hacer que las cosas sean lo contrario de lo que son.

Así es que se ha hecho del crédito una inmensa riqueza, siendo, por el contrario, una inmensa necesidad.

Nos parece que es lo que sobra, cuando no es más que lo que falta.

José SELGAS.

REVISTA CIENTÍFICA



QÚPASE el mundo sabio en estos momentos en estudiar las epidemias de fiebres tifoideas, que tantas víctimas causan en las grandes poblaciones de Europa. Conocidas las causas de estas epidemias fácilmente podrán ser combatidas.

Veamos cuáles son estas causas.

Y hagamos notar antes que, como dice muy bien un ilustre médico alemán, la disminución que durante un breve período pueda experimentar esta epidemia en una gran población, no debe disminuir el interés con que se estudie tan singular enfermedad; pues, como es sabido, la marcha de estas epidemias es fecunda en sorpresas de todos géneros: retrocede muchas veces hoy para avanzar considerablemente á los pocos días.

La mayor parte de los sabios extranjeros que se han ocupado en este asunto, colocan en primer término entre las causas de estas epidemias las grandes aglomeraciones urbanas en las cuales, si se tienen por un lado mayores medios de resistirla, por otro se sufren las consecuencias de la falta de aires puros para la respiración.

Lo mismo en Madrid que en París es considerable el número de víctimas que estas epidemias causan anualmente. De los datos últimamente publicados por el gobierno francés, resulta que durante los últimos cinco años han muerto en aquella capital nada menos que 45 enfermos de fiebre tifoidea por semana. El número de los fallecidos en Madrid durante el propio tiempo, es superior, según los datos incompletos que tenemos á la vista, al de los fallecidos en París, habida consideración á la menor cantidad de habitantes que posee esta población respecto de la de la capital de la vecina República.

La discusión que actualmente tiene lugar ante la Academia de Medicina de París, sobre el modo de preservarse y el tratamiento con que debe combatirse á la fiebre tifoidea, ofrece un incontestable interés de actualidad, y contribuirá, no poco, á extender de una manera sensible, como ya está sucediendo, el límite de muchos conocimientos sobre esta causa permanente de mortalidad en las grandes ciudades. De los últimos discursos allí pronunciados, se ve que la ciencia, lejos de resignarse á sufrir pacientemente los ataques de estas fiebres, limitándose á hacer constar con resignación las pérdidas sufridas, y no esperando que jamás se los pudiera refrenar, acepta ahora la lucha con ardor y con la seguridad de poder alcanzar la victoria en un período de tiempo no lejano.

Es que, en realidad, la higiene pública empieza á tener la conciencia de su fuerza como tiene la de sus deberes.

Antes se daba una parte por demás exagerada á las condiciones atmosféricas en la producción de la fiebre tifoidea, y se obstinaban la mayor parte de los sabios, á no tener en cuenta para nada al sol, este aparato de condensación de todas las miasmas que produce la agitación en la vida y de los que se producen en la atmósfera. Esto era mutilar el problema y no resolverlo jamás.

Actualmente, el aire y el sol ocupan el primer puesto entre las causas de las enfermedades de infección, y no hay quien se atreva á separar un elemento de otro. Sin embargo, en realidad, la cuestión no es saber donde están los miasmas, sino determinar cuál ha sido el foco primitivo de su elaboración.

Ahora bien: es evidente que sin el sol sería el aire un puro agente físico y químico, influyendo sólo en la vida con este doble título y también por sus condiciones de temperatura, de humedad, de movimiento, de electricidad, etc. Después de haber dado demasiada importancia al aire en la producción de las enfermedades epidémicas, hoy no pocos sabios se la dan al sol, al que presentan como productor casi único de los focos de infección.

En realidad son necesarios dos elementos para la producción de enfermedades de la naturaleza de la fiebre tifoidea: gérmenes preexistentes y un conjunto de condiciones climatológicas, que hacen pasar estos gérmenes de la virtualidad al acto. Así sucede que poblaciones tan distantes como París, Saintes y Auxerre, por no multiplicar los ejemplos, sufren siempre á un tiempo los ataques de estas epidemias, y las ven desaparecer ó disminuir en un mismo día, según los datos facilitados por la estadística oficial.

De estos dos elementos, sólo uno depende en parte, de la mano del hombre, y es la purificación consecutiva de las aguas y del aire, á la cual deben converger todos los efectos de las autoridades y de los ciudadanos. En este punto quizás sea Bruselas, en algunos de sus barrios, el tipo modelo que debieran procurar imitar todas las grandes poblaciones. A sus condiciones especiales de existencia se debe que sean mucho menos numerosas las vícti-

mas que las fiebres tifoideas causan en la capital del reino de Bélgica.

Lo mismo que sucede en Bruselas ha sucedido en las ciudades de Inglaterra, de Francia y de Alemania, que han imitado á aquella. ¡Ah! ¡Si todos los ayuntamientos invirtieran tan útilmente como el de Bruselas los recursos de que disponen, en vez de emplearlos en festejos políticos y en frivolidades, pronto verían disminuir el número de sus muertos, que en algunos alcanza tan tristes proporciones!

Las medidas de higiene pública tienen la ventaja de que se imponen, y que el beneficio colectivo es realizado sin encontrar obstáculo en el descuido, la negligencia y la rutina de la higiene privada. Es preciso contar también con la higiene privada que, entre otros beneficios, produce el de hacer más eficaces las medidas de la higiene pública. Las casas se alimentan, sin duda, del aire que reciben por las ventanas; pero la disposición de estas ventanas, las corrientes interiores, las puertas que existen modifican el aprovisionamiento, é imprime á lo que se llama el clima doméstico caracteres nuevos, aguzando ó atenuando lo que los elementos tenían de malo, haciendo valer lo que tuviesen de bueno.

La higiene privada es uno de los factores de la higiene colectiva. El otro factor es la salubridad urbana que la previsión prepara en tiempos de paz, es decir, cuando no existen epidemias. La ciencia ha logrado probar con exactitud matemática, que las ciudades que más han sufrido con las fiebres tifoideas son las que más culpables han sido de abandono de las prescripciones de la higiene. Así en buena justicia, no deben culpar á nadie de la suerte rigurosa que sufren, cuando la muerte diezma su población.

Antes las epidemias sólo aparecían como plagas misteriosas salidas de focos desconocidos por una especie de generación espontánea, y yendo y viniendo, apaciguándose ó agravándose caprichosamente, dominando toda industria y toda resistencia y revelando causas insondables. La ciencia contemporánea las mira de más cerca, y á fuerza de estudiarlas acabará por conocerlas claramente. Ya, por lo que hace á las fiebres tifoideas, ha logrado descubrir ya las condiciones en que se producen y adquirir grandes desarrollos, lo cual sucede principalmente, como ya se ha indicado, en las grandes poblaciones.

Viene en confirmación de lo afirmado por la ciencia el hecho de que los barrios más castigados por las epidemias son siempre los que ocupan los obreros, en los que por lo regular se descuidan las prescripciones de la higiene, y viven en el menor espacio posible, el mayor número posible de individuos. La estadística prueba que así sucede en París, en

Londres, y por lo que hace á España, así sucede en Barcelona y en Madrid.

No terminaremos sin excitar á los municipios de las grandes poblaciones, á que se esfuercen cuanto puedan por mejorar las condiciones higiénicas en que viven sus administrados, y en resolver el problema de proporcionar á las clases obreras habitaciones grandes, baratas y salubres. Así se evitarán no pocas víctimas de las epidemias tifoideas.

DR. MARCO DE COLOMER.

MONUMENTOS RELIGIOSOS.



PARROQUIA DE LOS SANTOS JUANES DE VALENCIA.

LA ISLA DE SANTA ROSA

(Recuerdos de una mártir)

I

El escenario donde se desarrolló há más de un siglo el sangriento drama, cuya narración vamos á comenzar, es casi indescriptible:

Tanto encierra de hermosura, tanto atesora de galas,

que exclamó lleno de asombro el autor de estas modestas líneas la vez primera que sus ojos pudieron contemplar la espléndida isleta, que luce tan hermoso nombre.

Para comprenderla — sin haberla visto — es preciso fingirse una gran maceta cubierta de olorosas flores, sombreada por gigantescos árboles, y, por último, acariciada, ó mejor aún, abrazada por una inmensa culebra de plata.

Y todavía esto es poco.

Porque Santa Rosa, tejida de gumamelas y champacas, rojas como el carmín aquéllas, y éstas pálidas como el dolor, dormida á la sombra de sus infinitas palmas de cocotero, de sus plátanos hechos de esmeralda y de sus robustos y poéticos tamarindos, sembrada en todas direcciones de alegres casitas de caña y hojas de nipa, y besada incesantemente por el lánguido río Pasig, de cuyo seno parece surgir, es una verdadera copia del Paraíso.

Si la dicha pudiera hacer su morada de determinado sitio, es indudable que elegiría aquel lindo vergel para tener en él su mansión señorial; mas ¡ay! aquel jardín donde nunca debieron respirarse más que benditas alegrías, guarda una historia de lágrimas y sangre, que amarga con su recuerdo el placer sentido al discurrir por entre tanta belleza.

Por eso, tal vez, la incesante labor del tiempo, siempre tendiendo á borrar las huellas de lo que fué, ha formado hacia uno de los ángulos de la isla un espesísimo bosquecillo, ocultando bajo un tupido velo de plátanos, de ilang-ilangs, la flor de perfume sin rival, y de palmas una cruz ennegrecida por las aguas, maltrecha por los años y de la cual casi es costumbre no cuidarse.

— ¿Qué hay allí? — se me ocurrió preguntar en uno de mis paseos por aquel encantador barrio.

Y en esta, como en muchas otras ocasiones, no me dolí el ser curioso, pues me contestaron:

— Allí está enterrada la *Virgen del Pasig*.

Cuya sencilla historia es esta:

II

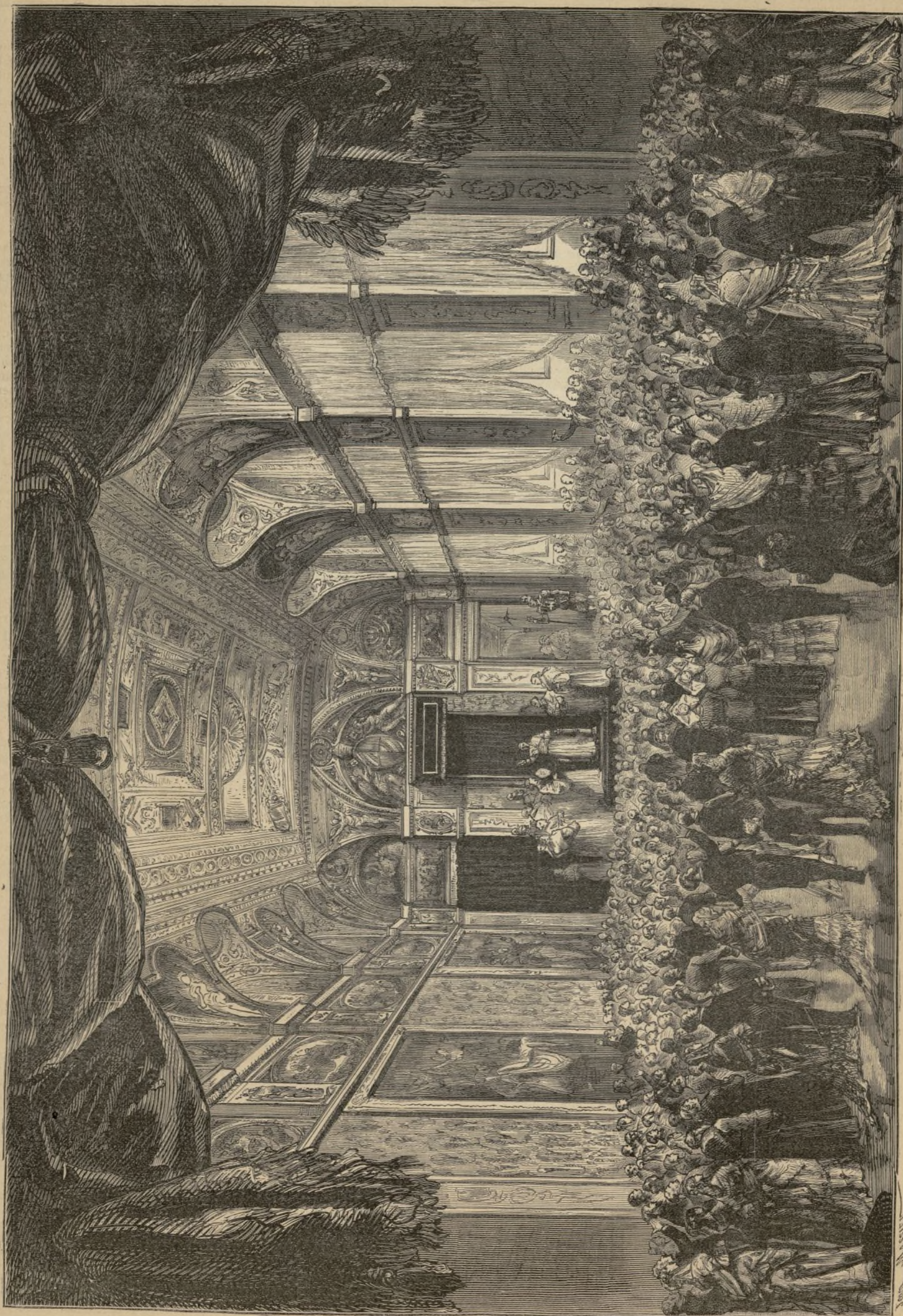
— ¡Virgen de Antipolo! — se oyó gritar una mañana de triste recordación en los fastos filipinos desde una ventana de alegre casita situada en Malate, frente á la playa, mientras una hermosa cabeza unida al más bello busto se asomaba á la ca-

lle con grave riesgo de perder el equilibrio y venir al suelo vencido por su propio peso.

Y por todas partes se oía una gritería, mezcla de espanto, de rabia, de dolor; y no había puerta que no vomitase uno, dos ó más hombres, ni hueco por donde no salieran en formidable confusión lanzas, flechas, campilanes, y en una palabra, cuantos instrumentos ofensivos y defensivos hallaban á mano los hijos de la muy noble y siempre leal Manila.

— ¡Virgen de Antipolo, salvadle! — volvió á repetir la misma hermosa doncella cuyo fué el primer grito.

Y era que á muy pocos pasos de su ventana había caído espirante, ensangrentado, lívido, un robusto



UNA AUDIENCIA EN EL VATICANO.

HORRIG - PRUNARE. SC.

Don Alvaro

jóven que vestía el uniforme de la artillería española, arremolinándose la gente, entre dolorida y ansiosa de venganza, en torno de aquel herido.

De repente, se abrió paso entre la multitud un hombre alto, serio, completamente vestido de negro, y en cuyos ojos brillaba el fuego del genio, la expresión del heroísmo. Reconoció al herido y penetrado de su estado, buscó con la mirada casa donde poder recogerle, mientras exclamaba con tono seco, aunque no desabrido: — Esta es la primera sangre que se derrama por la patria: restañémosla y aprestémonos todos á vengarla.

Y como, según su expresión, la sangre que se vierte por la honra nacional no mancha, cogió entre sus brazos al herido, conduciéndole á la casita, en cuya puerta con las manos extendidas y crispadas, los labios contraídos y cadavérico el color aguardaba la preciosa carga del desconocido la desconsolada virgen.

— ¡Aquí, aquí, por favor! — murmuró la jóven.

Y el venerable viejo, porque viejo y venerable era el personaje que aún no hemos descrito, contestó sin vacilar:

— Aquí le traía. ¿Es acaso pariente de usted?

— Iba á ser mi esposo muy pronto — contestó á media voz y llena de rubor la encantadora niña.

— Pues abandonad toda aflicción — replicó el anciano — porque esta herida no tiene gravedad alguna.

— ¿Y vivirá?

— Vivirá.

Y después de hacerle la primera cura, abandonó aquella casa, no sin preguntar antes á su dueña:

— ¿Cómo os llamais?

— Rosa.

— ¿Nada más?

— Nada más.

Mirola el anciano breve rato con su habitual fijeza, y tras su muda contemplación, en la que había algo imposible de explicar, la dijo acentuando de un modo particular sus frases:

— No os olvideis de este día; y en las murallas de Manila, en el campo, si la suerte de las armas no nos es propicia, en cualquier parte acordaos de mí.

— ¿Quién sois vos, señor?

— Hoy por hoy, la encarnación de la patria, España.

Y aquel severo anciano abandonó la casita de Malate impelido por su deber, entrando á poco en Manila por Puerta-Real, siendo el blanco de las miradas de cuantas personas encontraba á su paso, que se apresuraban á saludarle hasta con veneración.

Las leyes de Indias disponían que en Filipinas á falta de Gobernador general desempeñara tan espinoso cargo el Arzobispo, por cuya razón lo era en 29 de Setiembre de 1762 el Ilmo. P. Rojas, metropolitano del Archipiélago, y á cuyo palacio se encaminó nuestro personaje, quien, desde luego, se presentó á la doblemente primera autoridad de las Islas, dándole cuenta de los sucesos del día en éstas ó parecidas palabras:

— Los ingleses han comenzado el desembarque de sus tropas en Malate, que nuestros escasos hombres de armas no son suficientes á evitar, los voluntarios pampangos han sido batidos y la sangre española riega ya la tierra filipina.

— ¡Tan pronto! — murmuró el venerable Arzobispo.

— Tan pronto, padre — fué la única contestación.

— ¿Y qué hacer? — volvió á replicar el Prelado, cuyas manos acostumbradas al báculo de los pastores de la Iglesia, y cuyos lábios, que solo sabían pronunciar oraciones, no acertaban á dar una solución suprema al inminente peligro que amenazaba tan de cerca nuestro dominio en la Perla del Oriente.

— Resistir hasta lo último — replicó con su acostumbrado laconismo el hombre que se apellidaba á sí mismo la encarnación de la patria, y que lo era ciertamente.

— ¡Resistir! ¿y... cómo?

— Dando nuestras vidas en testimonio de amor á la Nación que fué nuestra madre.

III

En aquel momento invadió el palacio arzobispal la muchedumbre que llenaba las calles, presentándose ante su Ilma. cuantos españoles residían en la amenazada capital, lo mismo los que vestían el sayal del fraile, que los que lucían el vistoso uniforme del soldado, todos, en una palabra.

Se discutieron las proposiciones del almirante Cornix, se contaron y recontaron los hombres hábiles para batirse, y por último, el Consejo se informó en la idea de la resistencia.

— ¡Era natural!

La sangrienta agresión de Inglaterra no estaba justificada en manera alguna. Hé aquí las causas.

El pacto de familia hacía solidaria á España de la suerte de Francia: esta nación é Inglaterra se habían declarado la guerra, y envolviéndose en sus horrores, se presentaron trece navíos de la Armada británica con 6.000 hombres de desembarco ante Manila, con ánimo de apoderarse de las Filipinas, y cuando allí no se tenía conocimiento alguno de los acontecimientos de que era teatro Europa.

— ¿Qué quieren esos barcos? — fué la pregunta hecha por el Arzobispo, Gobernador general interino, cuando vió que la escuadra inglesa tomaba todas las precauciones militares propias de quien se dispone á una guerra de conquista.

Y la contestación fué:

— Apoderarnos de las islas.

— ¿Con qué derecho? — se volvió á preguntar.

— Con el de la fuerza — volvieron á responder.

Y esto fué todo.

Y la resistencia, el heroísmo, la sangre y la altivez españolas fueron de todo punto inútiles.

Desembarcadas, como se ha dicho, las tropas británicas en 29 de Setiembre, los ingleses batieron desde la Ermita y San Juan de Bagunbayan, suburbio que hoy no existe, las murallas, y siete días después, en 6 de Octubre, los conquistadores entraban á saco en la ciudad de Legaspi, apoderándose hasta de los ornamentos de los altares, y terminando el saqueo después de prometer el Arzobispo una contribución de guerra de cuatro millones de pesos, que por no existir en Manila dicha cantidad, se giró contra las arcas del Tesoro de España.

La capitulación, pues, no fué respetada, y los desmanes, los asesinatos, los atropellos de todo género, estuvieron á la orden del día como cosa corriente, manteniendo los ingleses prisioneros á los pocos españoles que, confiados en la generosidad de los vencedores, entre los cuales figuraba el ilustrísimo P. Rojas, que á su dolor por la pérdida del rico florón, puesto accidentalmente bajo su custodia, juntaba el sentimiento de haber visto paseada por las calles la cabeza de su único sobrino, que habían cogido los ingleses prisionero, y que los indios al verle venir entre una comisión británica, creyeronle inglés, y sufrió la misma suerte que el resto de los emisarios de Cornix, atacados furiosamente por los indígenas.

Arriado el pabellón nacional, puesto en su lugar en el palacio del gobernador la enseña del leopardo inglés, un hombre, el misterioso personaje que hemos visto en Malate, en los consejos, en todas partes donde hacían falta ejemplos de valor que imitar, palabras de entusiasmo que dirigir, y disposiciones enérgicas que adoptar, salía por Puerta de Almaceñes, seguido de un fiel criado indio y se embarcaba en un pequeño esquife, atracado á la orilla del Pasig.

¿Qué llevaba? Quinientos duros, el sello de la Audiencia y cien hojas de papel sellado.

¿Dónde iba? Donde las ondas del río le llevarán.

¿Quién era? Un gigante.

IV

La magistratura y el clero regular tienen en la historia de Filipinas una página de gloria, digna de envidia, esculpida en aquellos montes vírgenes en momentos de inolvidable angustia.

A algunas leguas de Manila existe una importante población, que toma nombre del río que la baña, y como él, se denomina Pasig.

Allí y á su convento, convertido en residencia del comandante inglés Backousse, que llamaban los indios Becus, vamos á trasladarnos un año después de la toma de Manila.

Se celebra con un espléndido banquete el primer aniversario de la conquista, y Pasig, no por amor á los conquistadores, sino por miedo á su fiero dictador, que así lo dispone, se halla engalanado con arcos, ramos, flores, luces y las músicas llenan los ámbitos con sus armonías.

El primer aniversario se ha impuesto á los naturales como fiesta nacional.

Asistimos á los postres del banquete.

— Señores — exclama con tono decidido uno de los más brillantes oficiales de la reunión, manteniendo á la altura del pecho una amplia copa, rebosando espumoso vino — señores, celebramos en este día de perdurable memoria el triunfo de nuestras armas sobre las españolas: desde que aparecimos en el extremo Oriente, la victoria ha sido nuestra inseparable compañera; pero la conquista no está hecha.

Hemos vencido hombres, pero aún no hay uno de entre nosotros que hayamos podido inspirar amor á las lánguidas hijas de estos pueblos, que nuestro valor ha dominado.

Propongo que dentro de un mes celebremos una nueva conquista: la de un corazón filipino.

— ¡Aceptado!

— ¡Aceptado! — gritaron unos.

— ¿Quién es ella?

— ¿Dónde vive?

— ¿Cómo se llama? — prorumpieron otros.

— Me importa callarlo; pero quiero complaceros — exclamó el don Juan inglés. — En el más hermoso de los barrios de Pasig, en Calumpit, existe una pequeña y elegante casita rodeada de tamarindos, más semejante á un nido que á otra cosa, y allí habita una hermosa mujer cuyos ojos son fuego, cuyos labios parecen hechos con rojas flores de dap-dap y cuya tez tiene el pálido, pero grato color del oro de las orillas del Magat. En ella todo es encantador, hasta el nombre: se llama Rosa.

— La conocemos.

— La conocemos — dijeron unos.

— Pues bien — prosiguió el oficial inglés — la he requerido de amores...

— Y yo.

— Y yo — prorumpieron otros.

— Pero cuantas veces lo he hecho otras tantas me ha mirado diciéndome con los ojos: «Tu presencia me está haciendo mal; vete.»

— Y á mí me ha sucedido lo propio.

— Y á mí — dijeron á una voz cuantos de la indiferencia de aquella mujer habían sido víctimas.

— Pues juro — dijo con voz y ademán solemnes el edecán de Becus — que si antes de un mes no he logrado su amor, mi venganza será más grande que su desprecio.

Y así terminó aquel banquete celebrado en memoria de una victoria, que, ¡cosa extraña! no á los vencidos avergonzó jamás, sino que llena de perdurable baldón á los vencedores.

— ¿Lo dicho? — dijeron al separarse.

— Lo jurado — contestó el autor de la inicua proposición.

Y se despidieron.

V

En efecto, en apartado y silencioso barrio, y en un verdadero nido, que se retrataba en las tranquilas ondas del río, moraba desde hacía algunos meses la encantadora mestiza, blanco del deseo de aquellos hombres, que se enseñorearon por espacio de más de un año de nuestra rica provincia ultramarina, y que no era otra que la hermosa niña que vimos en Malate en angustioso día.

La hora de la queda ha sonado en el convento, y el silencio de los sepulcros ha vuelto á reinar en el pueblo, donde sólo de vez en cuando se oye el ¡alerta! de los soldados ingleses, ó el ¿quién vive? de las patrullas.

Pero en la casita de Calumpit existe un corazón que late con los latidos de la impaciencia, alberga en el corazón de una mujer que espera, apoyada en el marco de su entreabierta ventana.

De este modo pasan una, dos horas, y

— ¡Aún no viene! — murmura muy quedito, mientras exhala un suspiro que va á perderse, á confundirse, mejor, con el leve rumor de la brisa al agitar las hojas de los árboles.

Por fin, ya perdida toda esperanza, y cuando se decide á recogerse, se oye el ruido especial de los remos que baten las aguas del río, y un ligero bote atraca cerca de la casita.

De él salta rápido un hombre cubierto bajo ancho chambergo, y después de lanzar un leve grito muy parecido al del *solitario* (pájaro indígena), se encamina á la casa, á cuya puerta es recibido con esta exclamación:

— ¡Gracias á Dios!

Y nuestros dos misteriosos personajes se entran procurando hacer el menor ruido.

A la vez se destaca una sombra de entre un grupo de cocoteros, y se aproxima á la casa, no sin antes haber soltado un pequeño grito, que alarma al nocturno visitante.

Pero pasan algunos minutos, nada se oye, y la entreabierta ventana se cierra, acompañando á la acción estas confiadas palabras:

— ¡Será el viento!

VI

Desde el infausto día de la toma de Manila, un puñado de hombres valientes se habían lanzado á los montes, ganosos de sostener en las Provincias el pabellón que habían visto caer en 6 de Octubre de 1762, á los certeros y mortíferos disparos de los barcos del Almirante Cornix.

Rosa, cuyos sentimientos de amor á la patria ya nos son conocidos, había seguido la suerte de los vencidos, y se retiró á Bulacán, donde presencié una nueva derrota y donde ¡ay! había visto morir al valiente artillero, que regó el primero con su sangre la amenazada tierra filipina.

Era conocido por el *artillero Ibarra*, y murió al pie del único cañón de que en el sitio de Bulacán disponían los defensores de España.

Rosa no pudo continuar con las fuerzas, y se retiró a Pasig; pero desde allí prestó los más relevantes servicios a la causa nacional, y de ella, tanto como de los heroicos frailes Franciscanos, a quienes secundó con admirable energía, es la gloria de haber salvado los caudales que de Méjico venían a bordo del navío *Filipino*, y que de caer en poder de los ingleses, se hubiera perdido todo.

Esta, como todas las noches, espera al hasta ahora anónimo caballero que hemos visto, el cual, desde que se consagró a la defensa de las Islas, vuela a su lado siempre que los azares de la guerra se lo permiten, porque entre el nervio de los adalides de España y el pueblo indígena, es la *Virgen del Pasig*, el más valioso, si no el único lazo de unión.

También nos es conocido de vista su interlocutor. ¿Quién no recuerda al héroe de las jornadas del sitio de Manila?

En cuanto a su nombre, él mismo nos lo va a decir.

— ¿Me esperabas?

— ¿Y cuándo he dejado de esperaros?

— Traigo noticias gratas.

— Yo, en cambio, he tenido tristes presentimientos.

— ¿Tristes?

— Sí; mientras esperaba soñé que no vería el triunfo, que mi sangre iría a confundirse con la de los demás mártires.

— ¡Bah!

— Ha sido un sueño solamente; pero recordad que en las mujeres de nuestra raza los sueños toman visos de realidades.

— Abandona todo temor, y escucha. La paz ha sido firmada entre España e Inglaterra, y estas islas nos serán devueltas.

— ¿Lo creéis?

— No lo he dudado nunca. En aciaga noche, en momentos de agonía, cuando las tropas inglesas entraron en Manila, yo no quise capitular. Tomé de casa el sello de la Audiencia, y, al azar, me encaminé a Puerta de Almacenes; una vez allí, oí una voz que me dijo: ¡anda! y la obedecí saltando a un bote que la Providencia me deparó. ¡Anda! — volvió a gritar la voz — y remé, remé, sin saber hacia donde Dios encaminaba la barquilla. Por fin, y siempre zumbándome en los oídos la misteriosa voz, arribé a Bulacán, donde fui de nuevo vencido: retirado a la Pampanga, ni un solo día he dejado de pensar en allegar medios de defensa; y con la cabeza pregonada por los vencedores y con todos los obstáculos que he tenido que arrollar, he visto, por fin, otra vez lucir la bandera española frente a los muros de Manila, en Malinta, donde en este momento acampan mis huestes y donde he recibido la grata nueva.

— Anda milagroso, ¡Dios te bendiga! — exclamó llena de entusiasmo la mestiza.

— El anciano continuó:

— Sí; Dios le bendiga, porque a él deberá siempre D. Simón de Anda la página de gloria que ha dejado escrita en la Historia.

Y era verdad.

El Oidor D. Simón de Anda Salazar es a la historia de Filipinas lo que Pelayo a la de España. La encarnación de la reconquista.

Momentos después abandonaba la alegre casita.

Pero al encaminarse a la orilla del Pasig, se sintió detenido.

— ¿Quién va allá — gritó.

— Quien va a vengar de un golpe su humillación propia y la sangre inglesa derramada. Si el destino os ha dicho antes ¡anda! muere os va a decir ahora mi espada.

Y el silencio de la noche fué interrumpido por el choque de los aceros, y tras algunos segundos de lucha se oyó el golpe de un cuerpo al caer en tierra con la misma violencia que el tronco segado por el leñador.

VII

Rosa oyó el golpe, y trémula, desencajada, muerta, bajó gritando:

— ¡Padre! ¡Padre!

Entonces pudo ver al valeroso Anda, altivo, sereno como siempre y a sus pies al oficial que había jurado en un momento de embriaguez vengarse en la hija, porque hija del Oidor era la encantadora niña si no conseguía ser amado de ella.

— ¡Hija del alma! — gritó el héroe, y los dos quedaron confundidos en estrecho abrazo.

El moribundo, entonces, abrió los ojos y la saña se retrató en su semblante; hizo un supremo y violento esfuerzo, amartilló una pistola de las que a su cinto pendían; disparó, y al disparo se unieron un

¡ay! que helaba, un rugido de ira y estas frases: Roncas como el estertor de la agonía.

— Muero, pero muero vengada.

Y era cierto.

La Virgen del Pasig — como la denominaron antes y después de su muerte — dobló la cabeza, y, mortalmente herida, espiró murmurando:

— Se ha realizado mi sueño.

VIII

Terminada la guerra, y nombrado Don Simón de Anda Salazar Gobernador General de Filipinas, pudo entregarse a su dolor de padre, y quiso hacer perpetuo el nombre de aquella mártir, en cuyas venas hirvió sangre de héroes.

Bagón-Hong — que significa río nuevo — torció su curso en un desbordamiento, y al unirse con el Pasig formó el delta que por voto unánime de la Colonia española se llama desde entonces como la mártir.

Santa Rosa.

MARTÍNEZ PARRA.

MUERTE

DE SANTA TERESA DE JESUS

Tan solo la virtud alza su vuelo.
Y penetra en las bóvedas del cielo.

¿Por qué lanzan al viento sus gemidos
De ese humilde cenobio las campanas?

¿Por qué hieren sus ecos mis oídos,
Y me roban mis dichas más lozanas?

¿Por qué lloran mis ojos ¡ay! heridos
Por el recuerdo de miserias vanas?

¿Ha bajado al sepulcro tenebroso
El señor de dos mundos poderoso?

¡Vana ilusión! del mundo los señores
No bajan tan callados a la tumba:

Va con ellos de roncós atambores,
Y del cañón temido que retumba

El eco triste; vagos resplandores
De su vano poder, que se derrumba:

Va con ellos la pompa adúladora,
Falaz hasta en la muerte, encubridora.

Una sierva de Dios, ángel bendito,
Desde la celda triste de un convento

Ha tendido su vuelo al infinito,
Al través del sereno firmamento.

Ocultaba ese muro de granito
Para su madre España un monumento

Su débil cuerpo, de la muerte presa,
Posa ya en el sepulcro. ¡Era Teresa!

¡Teresa! de la mano del Potente
Obra de perfección, graciosa, bella;

Del amor celestial claro torrente;
Del misero mortal fúlgida estrella;

Modelo del asceta penitente,
El cielo nos marcabas con tu huella:

Eras ángel de paz aquí en el suelo,
Y serafín de amor allá en el cielo.

Duerme el sueño profundo de la muerte,
Mientras lloran los hombres tu memoria;

Pose tu cuerpo en el sepulcro inerte,
Mientras vuela tu espíritu a la gloria;

La diadema te ciñe, que el Dios fuerte
Sobre tu sien coloca: aquí la historia,

Asociada del cielo al almo coro,
Entona en tu loor himno sonoro.

Del Esposo divino a las mansiones
Triste clamor anuncia tu viaje:

Van contigo las dulces bendiciones
De la Iglesia; del mundo el necio ultraje:

Te cubre la ignorancia de baldones;
Y te rinde la ciencia su homenaje;

Te dedica el humilde una plegaria,
Y te llama el soberbio visionaria.

¡Visionaria! ¡qué horror! la mujer fuerte,
Que en la edad de las dulces ilusiones,

Corre en pos del martirio y de la muerte,
Por gozar de su Dios las bendiciones;

Que antes que con imperio se despierte
En su alma el volcán de las pasiones,

Su débil cuerpo sin piedad enfrena
De dura esclavitud con la cadena!

¡Visionaria la virgen, que su vuelo,
Viendo del mundo la brillante nada,

Cual águila real, remonta al cielo,
Y anida del Esposo en la morada,

Y abrasada de amor regresa al suelo,
En apóstol divino transformada!

¡Oh, nunca, nunca el mundo temerario
Penetró de la fe en el santuario!

¡Visionaria! ¡oh! siempre el mundo necio,
En su afán de juzgar lo que no alcanza,
Lo mide con la vara del desprecio,
Lo pesa con su sórdida balanza;

Cotiza el oro fino a bajo precio,
Y al oropel prodiga su alabanza;

Siempre injusto en sus fallos, siempre vano,
Lo divino confunde con lo humano.

Jamás pudieron las nocturnas aves
De Febo contemplar la hermosa lumbre;

Ni la tortuga con sus miembros graves
Tregar de la alta sierra hasta la cumbre;

Ni las dichas de Dios gozar síaves
Del vicio la hedionda podredumbre:

Tan sólo la virtud alza su vuelo,
Y penetra en las bóvedas del cielo.

Las delicias groseras, que fascinan;
Para matar con su letal veneno,

No encantan a las almas, que caminan
Por el orden moral de Dios al seno:

Sólo al perfecto bien su mente inclinan,
Sólo Dios es su fin: impuro cieno

Para ellas guarda el corrompido mundo,
En miserias no más siempre fecundo.

Cubierta de la fe con la armadura,
De grandes hechos único elemento,

De la gloria llegó a la cumbre pura
En alas de su rico pensamiento;

Y desde el fondo de su celda oscura,
É invocando de Dios el valimiento,

Con asombro de nobles y villanos
Penetró de la ciencia los arcanos.

Y los sabios del mundo, que tacharon
Su ciencia no aprendida de ilusoria,

Con mengua su ignorancia confesaron,
Y rindiendo tributo a su memoria

El nombre de Teresa colocaron
En el templo sublime de la gloria;

Mientras la Iglesia con sublimes cantos
La ciñó la diadema de los santos.

De los santos. ¡Oh! sí: esa corona
Debe adornar la candorosa frente

De la virgen invicta; que pregona
La guerra contra el mundo delincuente,

Y convertida en célica amazona
Y el lábaro empuñando del Potente,

Al frente de sus vírgenes sagradas
Penetra del Esposo en las moradas.

Y allí su corazón, siempre anheloso
Del amor celestial por que suspira,

Bebe en la fuente del divino Esposo
Los sublimes acordes de su lira:

Cada nota es un himno melodioso,
Que al mundo encanta, porque Dios le inspira,

Que sólo se halla en Dios la rica vena,
Que el alma de los vates enajena.

Hijos ilustres de la noble Hesperia
Que, a imitación del griego y del romano,

Buscáis la inspiración en la materia
Y de Apolo invocáis el nombre vano;

A Teresa imitad, prez de la Iberia,
Que en alas de su genio sobrehumano,

Dando al olvido al fabuloso Apolo,
En la luz de la fe se inspira sólo.

Sólo en nombre de Dios pudo arrogante
Ceñirse Constantino la diadema:

Sólo en nombre de Dios Colón gigante
Resolvió su magnífico problema;

Sólo en nombre de Dios Torcuato y Dante
Admiraron al mundo en su poema;

Sólo en nombre de Dios brilló fecundo
El astro de la fe por todo el mundo.

Inspírense en buen hora los poetas
De Hipocrene en los sucios manantiales:

Tú, pulsando el laud de los profetas,
Te inspiras del Eden en los raudales:

Siempre serán sus odas incompletas;
Siempre serán tus cantos inmortales:

Morirá con el tiempo su memoria;
Eterna, como Dios, será tu gloria.

Tu *Vida*, tus *Conceptos*, tus *Moradas*,
Tus *Avisos*, *Letrillas* y *Canciones*,

Tus *Visitas*, tus *Glosas* inspiradas,
Tus divinas y humanas *Relaciones*,

Son de tu lira notas regaladas,
Son de tu alma sonoras vibraciones;

Són de tu fama trompas elocuentes,
Que pregonan tu fama entre las gentes.

Y esos coros de angélicas doncellas,
Que al mundo muertas en edad temprana

Siguen felices tus doradas huellas,
Huyendo como tú la pompa vana,

Del jardín del Eterno flores bellas,
Envueltas en sayal de tosca lana;
Al bendecir á Dios con grato acento,
Levantán á tu nombre un monumento.

Y esos conventos de color sombrío,
Venturosos oasis, que halla el alma
De aquesta vida en el desierto impío,
Y en que recobra su perdida calma;
¿No pregonan tu inmenso poderío?
¿No constituyen tu preciosa palma?
¿No son, virgen sin par, mujer de gloria,
Las páginas más bellas de tu historia?

Duerme en paz, duerme en paz, genio divino,
De los héroes el sueño delicioso:
Fué en la tierra sublime tu destino,
Y largo tu destierro y ominoso;
Pero al llegar al fin de tu camino,
Gozas del triunfo el premio venturoso:
Grande fué, virgen santa, tu heroísmo;
Pero tu premio es más, porque es Dios mismo.

Descansa en paz; la patria agradecida,
Su abandono culpable desechando,
Hoy renace potente á nueva vida,
Contra el error y la maldad luchando:
Es la virtud su poderosa egida,
Es su lema tu nombre venerando;
Es imitarte su constante anhelo,
Es su fin escalar contigo el cielo.

¡El cielo! ¡el cielo! dirige una mirada
De dulce compasión (¡tu gracia es mucha!)
A tu España infeliz, que entusiasmada
Contra el infierno sin descanso lucha:
Si no ha de sucumbir en la jornada,
Su pecho inflama y su plegaria escucha;
Y resuena en sus cantos de victoria
Para gloria de Dios tu propia gloria.

Descansa en paz: la lira del poeta
También descansa de su noble empeño:
Si no ha tocado la anhelada meta,
Su ingenio culpa para tí pequeño.
Sólo el arpa inspirada del Profeta
Puede hacer de tus glorias el diseño.
¡Duerme en paz, duerme en paz, mujer bendita!
¡Tu gloria, como Dios, es infinita!

Colegio de Escuelas Pías de San Fernando. — Madrid 9 de Diciembre de 1882.

ANDRÉS CASADO.

LOS GRABADOS

MONSEÑOR MARIANO RAMPOLLA, ARZOBISPO DE HERÁCLEA
Nuevo Nuncio de Su Santidad en Madrid.

(Véase el artículo de la página 232)

PARROQUIA DE LOS SANTOS JUANES DE VALENCIA

Es una de las mayores y más ricas de Valencia, y su origen se remonta á la primera mitad del siglo XIII, si bien la fábrica actual fué obra del XVII, habiendo colocado la primera piedra el Beato Patriarca Juan de Ribera. La fachada que mira al mercado, que es la que representa nuestro grabado, se hizo á principios del XVIII, según se deja ver en el mal gusto arquitectónico propio de su tiempo.

Pero el mérito sobresaliente de la parroquia de los Santos Juanes consiste en las pinturas que atesora, y sobre todo en la gloria de su extensa bóveda, ejecutada en 1700 por el famoso D. Antonio Palomino, autor del *Museo pictórico* que ha vulgarizado su nombre entre los artistas y aficionados á las Bellas Artes. "Es uno de los más bellos frescos, dice un crítico, y una composición vastísima y acaso la mayor que se ve en España, incluso el Escorial."

La parroquia tiene el privilegio de que resida la cura de almas en el clero de la misma, que ejerce el cargo por medio de un Vicerector.

Llámanse de los Santos Juanes porque en ella se da culto á San Juan Bautista y á San Juan Evangelista.

Aunque exteriormente no sea una obra de peregrino mérito, la iglesia de los Santos Juanes es uno de los monumentos religiosos más notables de Valencia, digna patria de San Vicente Ferrer, por su piedad, sus templos y sus tradiciones venerandas.

UNA AUDIENCIA EN EL VATICANO

Desde la cantividad del Papa las audiencias del Vaticano han tomado una importancia inmensa, á que contribuyen las constantes peregrinaciones de los fieles y los discursos admirables de Pío IX y Leon XIII.

Por lo regular celébranse las audiencias en la Sala del Trono, que es la que representa nuestro grabado. La ornamentación de la vasta estancia es rica y majestuosa, brillando en ella hermosas pinturas al fresco, dignas de la capital de las Artes y del palacio de los Papas.

Caben en la sala unas ochocientas personas, y reúne tan excelentes condiciones acústicas, que se perciben perfectamente en ella las dulces y amorosas palabras del Papa.

La costumbre es leer los fieles por medio del que los preside el mensaje de veneración, al cual contesta el Papa, y

luego van, unas veces acercándose individualmente los fieles á besar el pié, ó recorre otras el mismo Papa la sala para recibir el homenaje directo de sus hijos allí congregados.

En esta sala, verdadero hogar de la gran familia católica, es donde han resonado por tantos años y en ocasiones tan solemnes las palabras del gran Pío IX, y donde actualmente su digno sucesor Leon XIII continúa la obra de su predecesor, compartiendo con él la misma palma del martirio.

LA ILUSTRACIÓN hace tiempo que tenía esta deuda con sus lectores, aplazada hasta poder obtener un grabado original y exacto de las audiencias vaticanas que diesen justa idea de todas ellas: hoy lo cumple, coincidiendo con la publicación del retrato del nuevo representante de Su Santidad en España.

VISTA DE LA MONTAÑA DE MONSERRAT, DESDE EL BRUCH

La montaña de Montserrat es uno de los fenómenos geológicos más notables de Europa, y acaso del mundo.

Su formación parece indicar que la Providencia la destinó desde su origen para trono de sus misericordias. Es además, según todos los naturalistas, un monumento indiscutible del diluvio universal.

La montaña, en su conjunto, es un altar, y se levanta en medio de extensa llanura como una nave en medio de la superficie de los mares.

Véase el grabado que es fotográfico. ¿No inspira profundo recogimiento como una visión apocalíptica?

LA SEÑORITA DE NEUVILLE

NOVELA

DE MATILDE BOURDÓN

(Conclusión.)

No quería ir á la Misión y no quería que los demás fuesen; siempre se desean cómplices para los malos pensamientos y para las malas acciones; sin embargo, no se atrevía á prohibir á sus criados el ir á la iglesia, se limitaba á alejarlos de ella sobrecargándolos de trabajo. Con esta intención acababa de dar varias órdenes á su doncella: ésta la interrumpió de pronto, y le dijo con voz suplicante:

— Señora, velaré si queréis, no me acostaré antes de haber hecho lo que me mandáis; pero, en nombre del cielo, ¡permitidme que no pierda nada de la Misión!

— ¿Teneis mucho empeño en seguirla, Sofía?

— ¡Ah! Señora, ¿cómo no se tendrá empeño en salvarse y en oír hablar de Nuestro Señor?

Esta palabra de una pobre muchacha, muy ignorante y con una inteligencia muy limitada, convenció á la señora Vincent.

La chispa de la fe dormida en su pecho se encendió:

— Anda, Sofía—dijo con dulzura— ve á la iglesia y duerme esta noche tranquila: más tarde arreglarás esos vestidos y esa ropa.

Sofía salió muy contenta, y Delfina se quedó conmovida y diciéndose:

— ¡La salvación! ¡El alma! ¡Jesucristo! ¿He pensado yo en esto alguna vez?

Al día siguiente, se levantó á la primer campanada del Angelus y se fué á la iglesia: el encanto de una hermosa mañana de Julio, fresca, embalsamada, apacible, y sin embargo, alegre, había obrado sobre su corazón y la disponía favorablemente para oír la Divina Palabra. El sacerdote habló de los Sacramentos, arroyos de vida y de salvación, fuentes sagradas salidas de las llagas del Salvador, para lavar, fortificar y santificar á los hombres. Delfina escuchó con respeto reflexiones breves y conmovedoras sobre estos misterios tan dulces y tan temibles; pero, cuando llegó al Sacramento del Matrimonio, cuando expuso la indisolubilidad santa, los nobles deberes, los solemnes compromisos, bajó la cabeza y palideció: la flecha del celestial Arquero le había conmovido el corazón.

Es bueno, Señor, que me hayáis humillado—exclama el Salmista— para que aprenda vuestra ley. Esta palabra es eternamente verdadera: sólo la humillación prepara al espíritu humano, tan orgulloso y tan rebelde, á doblegarse bajo el yugo de lo alto, á aceptar adorándola la ley divina. Delfina había tenido hasta entonces cierta complacencia consigo misma, basada sobre las apariencias exteriores; sus costumbres eran limpias, su carácter dulce: no conocía el odio; una sola falta había manchado su vida: había pedido á la ley humana la ruptura de un lazo consagrado por el mismo Dios, primera transgresión que la había desterrado de los rangos del pueblo fiel y la había arrastrado á otras violaciones de los Santos Mandamientos. Esta falta, disfrazada, excusada, olvidada durante los años felices, se levantaba ahora ante ella; pesaba su gravedad, y confusa, anonadada, cayó de rodillas al fin del sermón y escondió con sus manos su rostro bañado en lágrimas. El rocío del llanto penitente caía sobre su alma y la enterneció: una voz hablaba en lo íntimo de su corazón y decía: ¿Qué hacer?

Se leía en el altar el libro de los Evangelios, y Delfina comprendía el sentido de las sagradas palabras que le habían enseñado otras veces: Iré á mi Padre y le diré: ¡He pecado!

Maduró en el silencio esta resolución, y ante Dios examinó su vida y la lloró amargamente. Después, una tarde fué á ese tribunal, en el cual los que se acusan son justificados; y cuando salió de él, lloró tal vez aún más, pero ya no eran las mismas lágrimas.

Se acabó la Misión, pero dejó tras sí como un rastro de luz que iluminó al país. El cura quiso aprovechar esta impresión saludable para establecer una obra que deseaba con todo su corazón, y vino á hablar de ella á la señora Vincent, que siempre asquible, debía estarlo más que nunca. Ella lo adivinó, y le dijo con graciosa amenidad:

— ¿Queréis pedirme alguna cosa?

— Es verdad, señora; gracias á la Misión, el país se ha renovado; gracias á vuestra liberalidad y á las de mis buenos feligreses, á la iglesia nada le falta, y se ayuda generosamente á los pobres; pero los niños, ¡los pobres niños!

— Y bien, señor cura, ¿qué se necesita, una escuela, un asilo?

— Un asilo, no, señora; las madres cuidan á los pequeños, pero un colegio para las niñas sería indispensable; van con los niños en casa del maestro; esto no es bueno ni conveniente: quisiera un colegio particular y religioso; pero el nervio de la guerra y de las buenas obras falta...

— Se puede encontrar, respondió Delfina sonriéndose. ¿Qué os parece, señor cura, de ese edificio que se encuentra al fin de mi parque, la montería? Vos lo conocéis, ¿qué os parece para establecer allí vuestro colegio?

— ¡Diría que es magnífico! dijo el cura muy gozoso; la montería está cerca de la aldea: las niñas no tendrían más que dar un paso.

— Y bien, os lo doy, y me encargo de alistarlos; además, pagaré la pensión de una de las religiosas que hagais venir.

— ¡Ah, señora! Dios os bendecirá, y bendecirá á vuestros hijos.

— Pedidle que me conceda lo que le pido, respondió con melancolía; deseo ardientemente una cosa, una sola, y Dios no me la concede.

— Dios os oirá, lo espero, señora; y de todos modos, en vuestra última hora, será un consuelo el recuerdo del bien que habéis hecho á estas pobres niñas. El pastor os da gracias, y rogará á Dios por vos.

XVII

UNA FUNDACIÓN

El cura no dejó languidecer por mucho tiempo la buena voluntad de sus feligreses, y al cabo de tres meses pudo anunciar en el púlpito que iban á llegar tres Hermanas de la Sabiduría, que darían las clases é irían á visitar los enfermos. Su casa estaba lista, según las reglas de la pobreza evangélica. Delfina había hecho arreglar delante de ella las salas de clase con sus grandes carpetas, con las paredes adornadas con mapas y con imágenes piadosas; la pequeña cocina, el modesto refectorio, las celdas limpias y sencillas, el oratorio doméstico, todo estaba preparado: allí había provisiones en la despensa, algunos volúmenes en la biblioteca, papel, libros, agujas é hilo en los armarios de la clase. Había experimentado una gran satisfacción en todos estos arreglos; era una deuda que pagaba á Dios, á ese Dios que comenzaba á amar, y sentía un goce íntimo trabajando para El, para los pobres á quien ha amado tanto, y por las almas puras que se han consagrado á sus altares para siempre.

Llegaron las hermanas y fueron recibidas con aclamaciones; desde el día siguiente, el cura las llevó á casa de la señora Vincent. Delfina las había visto entrar desde una ventana, y desde que vió á estas tres mujeres, vestidas consus sombrías capas negras semejantes á un sudario, atravesar tranquilas y graves el patio enarenado y lleno de flores de otoño, la sobrecogió una impresión singular, triste y suave al mismo tiempo. Entraron; las presentó el cura, y la señora Vincent, con ese gracejo mundano de que poseía el secreto, les dirigió algunas palabras amables y las hizo sentar. Las tres religiosas obedecieron y dejaron caer la capa que escondían su talle y sus facciones. Aparecieron con ese bonito vestido de paisanas del Poitou, que el espíritu religioso ha sabido hacerlo imponente y severo: el traje de lana gris á anchos pliegues, el pañuelo de tela blanca bajando bajo la muceta del delantal, la cofia grande y blanca, velando y dulcificando el rostro, el rosario en la cintura y en el pecho, bajo los ojos y cerca del corazón un gran crucifijo.

Delfina las miró con cierta curiosidad; este traje,

este recogimiento, estas maneras sencillas y serenas todo le sorprendía. La Superiora de estas tres religiosas era de edad, y llevaba sobre su frente pálida y cansada la señal de grandes trabajos y de grandes austeridades, la segunda, sentada a su lado, apenas tenía veinte años; ofrecía el tipo y la hermosura de las hijas de Bretaña, y la mirada reposaba complacida sobre este bonito rostro, inocente, espiritual y dulce; la tercera estaba en la sombra y echada hacia atrás; una de sus manos tenía su rosario, y esta mano temblaba. Delfina la miró con atención, vió un perfil noble, pestañas negras y agachadas, un talle notable por su dignidad modesta, y de pronto Delfina empezó también a temblar, y guardó silencio mirando a la religiosa, que no levantaba los ojos.

— ¿Y cómo se llaman vuestras compañeras? — preguntó el cura, molesto con aquel silencio.

— Esta es mi hermana María-Ana, y la otra mi hermana María-Carlota; las recomiendo a la bondad de la señora condesa.

— Hermana, perdóneme usted — respondió Delfina — me siento turbada y no puedo recibirlos como quisiera; iré después a devolveros vuestra visita, porque somos vecinas. ¿Me permitís que se quede conmigo algunos instantes vuestra compañera? me parece que no me es desconocida...

— ¿Mi hermana María-Carlota? sí, señora, puede y debe quedarse.

La Superiora se sonrió; María-Carlota palideció aun más; el cura no comprendía nada, sino que la señora Vincent deseaba estar sola; se retiró, siguiéndole las Hijas de la Sabiduría. María-Carlota se quedó, se levantó, y por un movimiento repentino, se arrojó a los pies de Delfina, diciéndola con voz ahogada:

— ¡Me habéis reconocido, mamá!

Delfina no respondió; quería hablar y no encontraba más que lágrimas: abrazaba a su hija, la estrechaba, la miraba y parecía bañarse en esta contemplación.

Carlota estaba algo más tranquila, y una felicidad indecible brillaba en su rostro.

— Sabía que os encontraría aquí — dijo en fin — os han nombrado cuando me han propuesto para esta fundación, vuestro querido nombre ha llegado hasta mi corazón; he dicho todo a mi Superiora, y se ha regocijado conmigo de mi felicidad.

— ¡Hace veinte años que no te veo! — dijo Delfina estrechándola contra su corazón.

— Y sin embargo, mamá, me habéis reconocido, no me habéis olvidado.

— ¡Jamás! ¡y pedía a Dios con tanto ardor el encontrarte un día!

— Te ha oído. Y yo también le pedía todos los días por usted.

— ¿Me amabas, pues?

— ¿Puede usted dudarlo? ¡Ah! mamá, si yo no le he revelado a usted el sitio de mi retiro, era obedeciendo a las órdenes de mi padre; pero la Provi-

dencia misma nos reúne hoy, y no nos separará más...

— Demos gracias a Dios, oremos juntas, hija mía — le dijo Delfina poniéndose de hinojos. — Hasta este momento, no había visto de Dios más que los rigores y la justicia; ahora adoro su paternal bondad... Ora conmigo y por mí, Carlota; después, durante los días que me queden de vida, me enseñarás a amarle.

CARIDAD

CUENTO

(Continuación.)

Tomasín no podía contestar. En profundo silencio y con los ojos llenos de lágrimas había escuchado la relación de su amigo, y cuando éste concluyó, el compasivo niño volvió a abrazarle tiernamente y ambos lloraron juntos. ¡Oh! cuán dulce es al infeliz hallar un buen corazón que le acompañe en el llanto!

Tomasín llevó a su amigo a la alacena, que estaba en el portal, y cuya entrada se hallaba situada enfrente de la puerta de la calle. Era una alacena especialmente destinada para las limosnas. Abrió el arca del pan: había poco para lo que él quería, y su madre estaba fuera. Subió arriba y volvió descorazonado: todas las puertas estaban cerradas. Después de poner en un saquito todo el pan, y entregárselo a Gregorito, se le ocurrió una idea que le hizo saltar de alegría. Sacó su magnífica rosca, y dijo a su amigo:

— Gregorito: ya ves que no tengo más pan: no se cuándo vendrá mi madre, y no podemos esperarla. porque va a anochecer y tú tienes que andar mucho para volver al monte. Vuelve mañana por más. Con ese pan y mi rosca ya teneis para cenar esta noche. Ten confianza en Dios.

— ¡Qué bueno eres, Tomasín!... Pero no, la rosca no la llevo; te hace falta a tí para dársela al niño Jesús. Ya que yo no puedo dársela, dásela tú, que nosotros pasaremos como podamos.

— Mira, Gregorito: todas las noches cuando me acuesto, mi madre me dice cosas muy buenas... El otro día me dijo, y me lo decía llorando: Mira, hijo mío; las limosnas que damos a los pobres, Dios las recibe como si se las diésemos a él. Cuando veas a un niño pobre, figúrate que ves al niño Jesús y compadécete de él y dale limosna: el niño Jesús te lo agradecerá y el día del juicio te dirá que a él se la diste. Con que, mira, ahora te llevas tú la rosca y es lo mismo que si yo se la diera al niño Jesús.

— Pero tú te vas a quedar sin rosca...

— ¡Eh! no tengas cuidado, que otra vez ya me harán otra.

— ¿Y qué te va a decir el Sr. Cura?

— Mira; le diré que se la dí a un pobre, y no me reñirá.

— ¡Qué bueno eres, Tomasín! — repitió el pobre

niño abrazando y besando a su generoso amigo, que le correspondía con iguales muestras de cariñoso afecto.

— Pero dime — añadió — ¿verdad que no me reñirá el niño Jesús por habernos comido la rosca?... ¡Si vieras que hambre teníamos!

— No te reñirá, no, Gregorito; que él es muy bueno y quiere mucho a los pobres, porque él también fue pobrecito y tuvo hambre.

Gregorito guardó su rosca en el saco, junto con el pan. Enfrente de la casa de Tomasín, y por un ventanillo sonó una especie de chillido ahogado que tenía todas las apariencias de gruñido. Los dos niños se estremecieron, miraron hacia donde el ruido había sonado; pero no viendo nada se tranquilizaron.

Iba ya a despedirse Gregorito, cuando Tomasín reparó en lo destrozada que llevaba su ropa.

— Pobre amigo mío, — le dijo — con esa ropa tendrás un frío horrible!

— ¡Oh, sí, mucho!... mi pobre madre está enferma hace días, y no puede coserme la ropa.

— ¿Sabes lo que se me ha ocurrido, Gregorito?

— ¿Qué?

— Mira: yo tengo dos trajes: el otro se me ha mojado esta tarde y se está secando; pero es muy bueno para mí. Este te vendrá a tí perfectamente, y mientras se me seca el otro, puedo yo ponerme ese tuyo, ¿no es verdad?

Gregorito quedó asombrado y no sabía qué res-

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

EL AGUA DE SUEZ

Vacuna de la
boca, suprime
instantáneamente
y para
siempre los

DOLORES DE MUELAS

y por consiguiente, la Aurificación y la Estracción. — El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica o narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura. — La Opiala anaranjada de Suez, asegura su blancura sin ningún peligro. — El Vinagrillo lácteo de Suez, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desmaltarse y caerse. — Dirigirse a M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. MADRID: R. I. Chavarrí, almacén de drogas, Atocha, 87. — J. M. Moreno, bouca de la Reina Madre, Mayor, 93. — Manuel R. Hernandez, farmacéutico, Mayor, 27 y 29. — Frera, perfumería, Carmen, 1. — Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

COMPañÍA COLONIAL

Roma 1868

MEDALLA DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal. Calle de la Montera, núm. 8.

PARA EL CULTO DIVINO
EN LATÓN BARNIZADO Y PLATEADO

Atriles.	Cetros.	Hisopos.	Navetas.
Calderillas.	Ciriales.	Hostiarios.	Sacras.
Candeleros.	Cruces.	Incensarios.	Varas (pálio).
Campanillas.	Custodias.	Lámparas.	Vinageras.

Cáliz y copones, copa de aluminio, con baño de oro fino.

Manuel Garcia, Atocha, 45, Madrid.

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior a todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados a la cura de almas y a la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de Leon, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º.

VAPORES-CORREOS del MARQUÉS de CAMPO

Líneas regulares de Asia, Africa, América y Oceanía

LINEA DE FILIPINAS

Viajes redondos mensuales, en día fijo, desde el puerto de Liverpool a los de la Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Saïd, Suez, Aden, Punta de Gales, Singapur y Manila.

El vapor BARCELONA (100 A. I. LLOYD) saldrá del mencionado puerto de Liverpool el 15 de Enero. Admite carga y pasajeros para los de PORT-SAÏD, SUEZ, ADEN, PUNTA DE GALES, SINGAPORE Y MANILA.

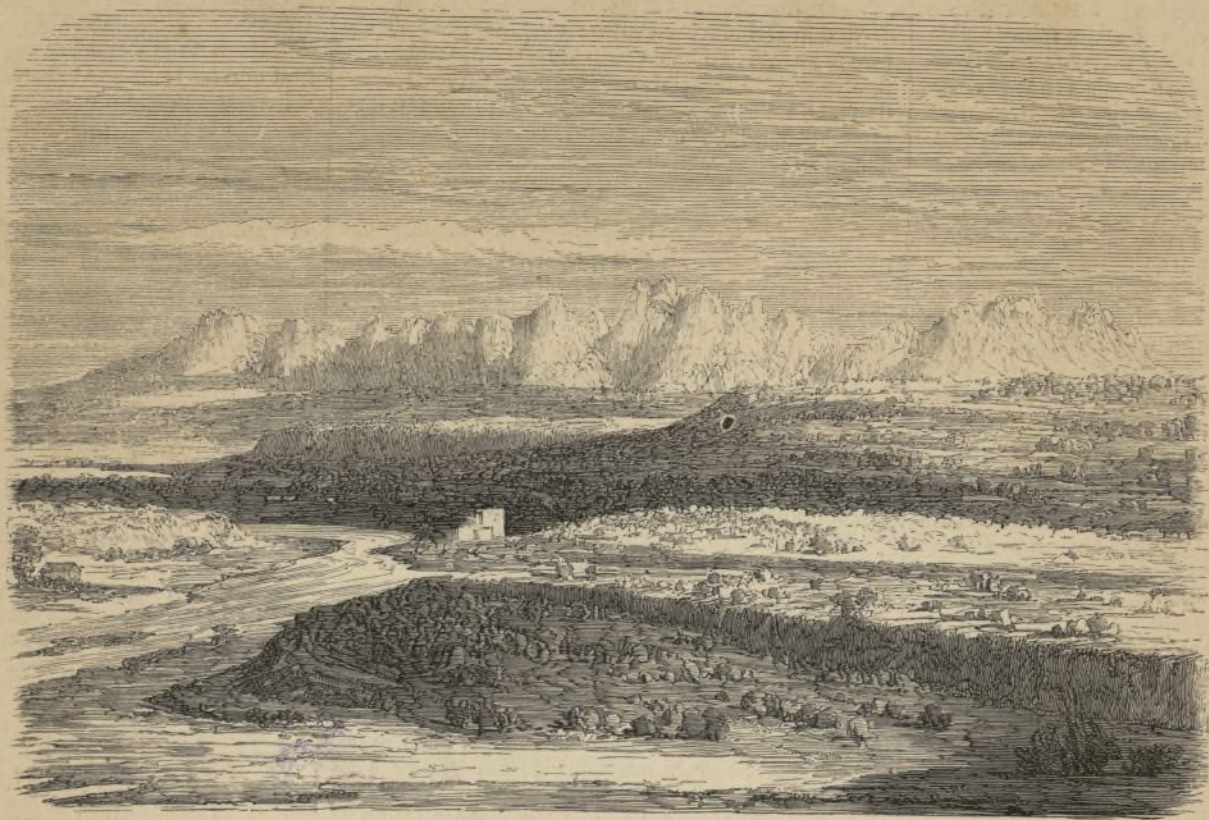
LINEA TRASATLÁNTICA

De Santander a Coruña, Vigo, Cadiz, Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

El vapor VERACRUZ (100 A. I. LLOYD), saldrá de Santander para dichos puertos el 18 de Enero corriente, admitiendo carga y pasajeros para los mismos, como para los de Nuevitas, Gibara, Baracoa, Santo Domingo, Santiago de Cuba, Puerto-Príncipe, La Guayra, Puerto-Plata, Aguadilla, Ponce, Mayagüez, Saint-Thomas, Kingston, Santa Marta, Lincoln, Barranquilla, Sabanilla y Colón.

LÍNEA AL BRASIL, LA PLATA Y EL PACÍFICO

El vapor TURIA (100 A. I. LLOYD), saldrá de Santander el 12 de Enero para la Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Pernambuco, Bahía, Rio-Janeiro, Montevideo, Buenos-Aires, Valparaíso y Callao de Lima. Admite carga y pasajeros para dichos puertos, y todos los demás del Pacífico.



VISTA DE LA MONTAÑA DE MONSERRAT, DESDE EL BRUCH.

ponder. Por más oposición que hizo, por más razones que alegó, no tuvo más remedio que acceder á los deseos de Tomásín, que en un momento resolvía todas las dificultades con decir que daba su traje al niño Jesús. Entraron, pues, en el gallinero é hicieron cambio de vestidos. Fuera por el contraste, ó por cualquier otra causa, Tomásín parecía aún más bello con su traje rasgado que con el nuevo y hermoso que acababa de quitarse. ¡Quizás era, hermanito mío, porque al través del vestido pobre y roto se descubre mucho mejor la belleza del alma!

Ambos niños se despidieron con tiernísimos abrazos, y ya anocheciendo, tomó Gregorito el camino del monte, lleno de alegría porque llevaba pan para sus padres y su hermanita.

VI

AL DÍA SIGUIENTE

Triste era el aspecto que al otro día, después de la misa mayor, presentaba el portal del Sr. Cura. Los muchachos de las roscas estaban casi todos mustios y cabizbajos, y mientras el buen Párroco se detenía en dar gracias á Dios después de celebrado el santo sacrificio, todos se iban reuniendo en su casa y preguntándose mutuamente por las roscas. Ninguno de los que allí estaban la tenía: uno solo, el más constante de ellos, presentó una, cuyas abundantes ro-

duras había hábilmente tiznado con carbón; y la sometió al examen de aquel imparcial jurado para que decidiesen en conciencia si las roeduras tiznadas podían atribuirse al horno ó hacer que así á lo menos lo creyese el Sacerdote. Los jueces, peritos en el arte, declararon, después de prolijo examen, y aun no sin algún tanteo por medio de los dientes, que aquella rosca no era legítima y valedera, y que la daban por nula y de ningún valor: razón por la cual, y según aquellos considerandos, fallaban que debía comerse *in solidum*, ó sea entre todos los presentes y sin dilación alguna para evitar reclamaciones. El dueño, que debía de ser complaciente, consintió en ello después de algunos conatos de apelación, y la rosca pasó en dos minutos de las manos á los estómagos.

Por el movimiento de la gente que charlaba en corrillos conocieron que venía el Sr. Cura, y fueron á ocultarse en los portales inmediatos. Cuando calcularon que ya estaría arriba, se fueron acercando poco á poco, asomaron el rabillo del ojo por la esquina de la puerta, y viendo que no había nadie en el portal, entraron en él y se pusieron á escuchar por ver si les era posible husmear lo que pasaba en las altas regiones.

— Chicos, — dijo entonces uno, — yo he visto á Antonito y á Tomásín que venían con el Sr. Cura, y Tomásín no llevaba rosca.

— ¿Y Antonito?
— Sí; la llevaba debajo del brazo.
— Pues, chicos, faltan José y Gregorito.
— Ahora que hablas de él: ¿no has visto qué ropa más bonita llevaba?

— Me dijo á mí que se la había dado Tomásín.
— Mirad: yo he visto al Sr. Cura que antes de misa habló á Gregorito al oído, y apenas salió de la Iglesia se vino aquí como un cohete.

— Entonces estará también arriba.
— Él, á lo menos, no ha salido.
— ¿Y llevaba rosca?
— Tampoco la llevaba.
— Pues sólo falta José.
— Ese me dijo que sí la tenía; pero que estaba escondida.

— Chicos, pues él tiene que venir aquí: ¿vamos á comérsela?

— Sí, sí, sí, sí... — dijeron todos por lo bajo — á comérsela.

FR. CONRADO MUÑOS.

(Se continuará.)

TPOGRAFÍA GUTENBERG

á cargo de Manuel Salamanqués

Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.